LA VENGANZA DE
ELECTRA



GREDOS

LA VENGANZA DE ELECTRA



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé Fernández
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8713-7
Depósito legal: B 7207-2017

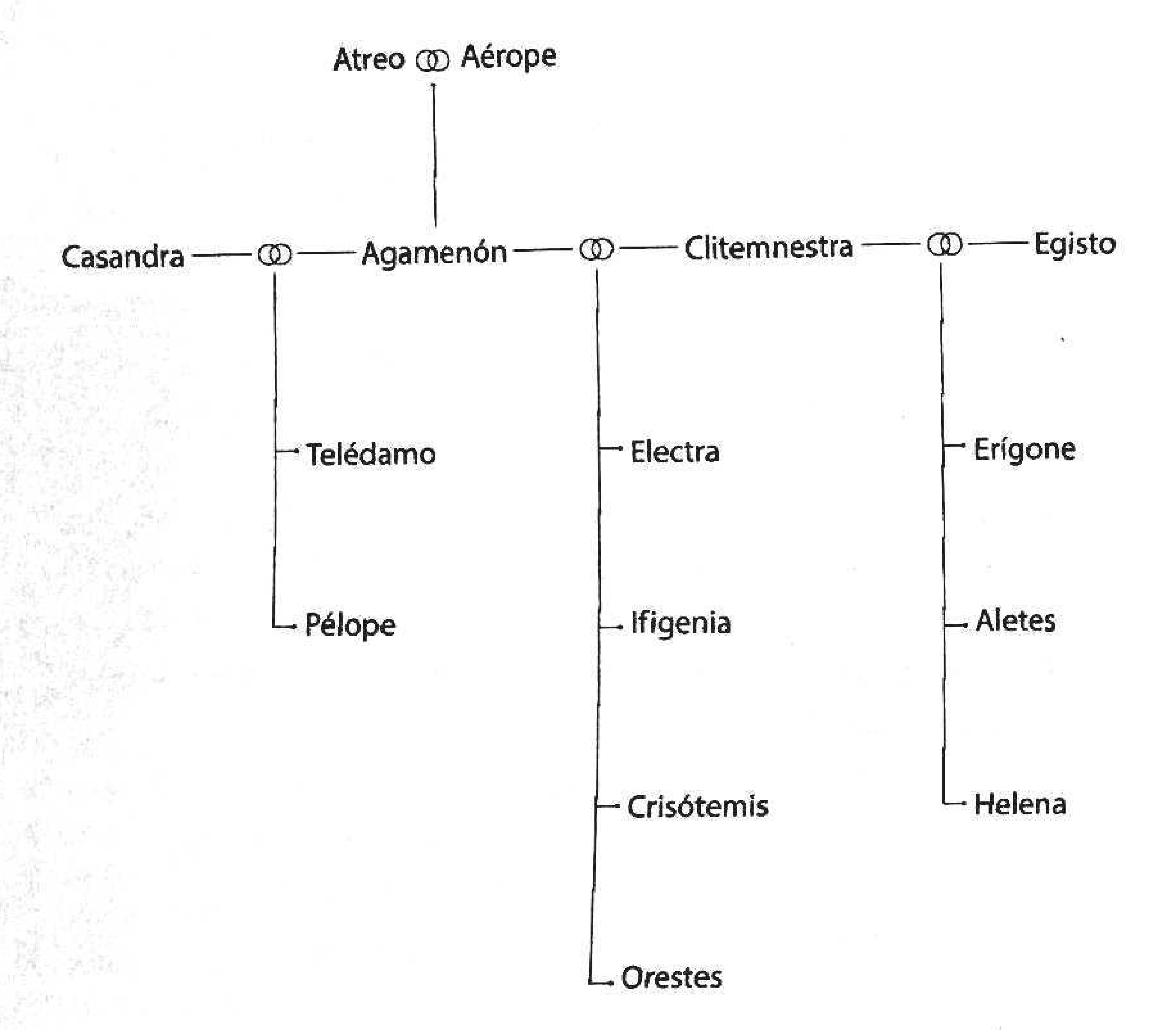
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Erinias, ilustres hijas de los dioses, que contempláis a los que han muerto injustamente, a los que han sido engañados en sus lechos, venid, socorredme, vengad el asesinato de mi padre y haced venir a mi hermano, pues sola no soy capaz de llevar equilibrado el peso de la pena que cargo al otro lado.

ELECTRA, SÓFOCLES

Genealogía de Electra



Dramatis personae

ELECTRA – hija mayor del rey Agamenón de Micenas y de la reina Clitemnestra.

AGAMENÓN – rey de la poderosa ciudad de Micenas y jefe supremo del ejército griego en la guerra de Troya.

CLITEMNESTRA – reina de Micenas y hermana de la bella Helena, cuyo rapto por parte de Paris causó la guerra de Troya.

IFIGENIA – segunda hija de Agamenón y Clitemnestra, sacrificada por su padre a la diosa Ártemis para que los dioses favorecieran el viaje de la expedición a Troya.

CRISÓTEMIS – tercera hija de Agamenón y Clitemnestra, de carácter bondadoso.

ORESTES – único hijo varón de Agamenón y Clitemnestra, el menor de sus descendientes, huye de Micenas tras el regreso de su padre.

EGISTO – primo de Agamenón y amante de Clitemnestra.

CASANDRA – princesa troyana, hija de Príamo y Hécuba, así como sacerdotisa de Apolo, condenada a profetizar el futuro sin que nadie la crea.

PÍLADES – hijo del rey Estrofio de la Fócide, junto a quien se crio Orestes, al que considera como un hermano.

GEILISA – nodriza de Electra y de Orestes.

1

El regreso de Agamenón

Era noche cerrada. No se oía ni un murmullo, ni un aleteo, ni un zumbido, ni un soplo de viento. Bajo la bóveda celeste, el reino de Micenas parecía envuelto en un espeso manto de una negrura absoluta. Todas las criaturas, desde las más insignificantes bestezuelas hasta los ancianos más venerables, dormían plácidamente.

Hasta el vigía apostado como cada noche en la azotea del palacio de los Atridas cabeceaba, vencido por el agotamiento tras largas horas de duro trabajo. Desde que había empezado su turno, al atardecer, no había apartado la vista ni un solo instante del monte Aracne. Las largas horas oteando el horizonte empezaban a hacer mella en él: tenía todo el cuerpo dolorido, le flaqueaban todos los músculos de su cuerpo y sus párpados empezaban a resultarle demasiado pesados. De repente, una llamarada iluminó el cielo, aunque todavía faltaba mucho para que despuntara el día. El centinela se restregó los ojos,

incrédulo ante lo que veía. No era una ensoñación. A lo lejos resplandecía una almenara. Troya ardía, al fin.

◇◇◇

Hacía ya casi diez años, cuando Agamenón partió rumbo a Troya, a la cabeza de las tropas griegas, su esposa, la reina Clitemnestra, anduvo alicaída y abrumada durante semanas, sintiéndose extraña en su propio palacio, que de repente le parecía inmenso y vacío, pese al bullicio constante de criados. Por las noches se quedaba inmóvil en su lecho, desvelada por la angustia, fingiendo que dormía junto al joven Egisto, mientras rumiaba sus desdichas. Pero con el paso del tiempo, a medida que el cuerpo se le ensanchaba y el cabello le encanecía, el dolor que la atenazaba fue convirtiéndose en el frío y tranquilo sentimiento de quien ha encontrado la manera de tornar el resentimiento en venganza.

Mientras sonreía por primera vez en mucho tiempo, con la tez reluciente bajo los cálidos rayos del sol, pensó que lo único que necesitaba era conocer la victoria de los aqueos antes de que las velas de sus barcos se perfilaran en el mar frente a las escarpadas costas de Micenas.

Haciendo gala de su talante práctico, se le ocurrió organizar una cadena de hogueras que fueran encendiéndose, una tras otra, en plena noche, con el fin de transmitir la buena nueva. Aquella misma mañana, una vez que se hubo aseado y vestido con una de sus túnicas de hilo claro, se encargó de asignar un cuerpo de guardia a dicha labor. De entre los hombres más fieles a su casa, eligió a los más jóvenes y aguerridos, con el propósito de que aguantaran sin desfallecer las noches de vigilancia, desde el anochecer hasta el alba, apos-

tados en una azotea o en la cima de alguno de los montes que se encontraban en el camino de Troya a Micenas. Acto seguido, envió un mensajero a su marido, rogándole que cuando sus tropas hubieran conquistado Troya, ordenara encender una almenara en la nevada cima del monte Ida: sería la chispa que daría comienzo a la cadena de fuego.

◇◇◇

En cuanto los griegos lograron romper el sitio de Troya y sometieron a la ciudad enemiga, tras un arduo combate cuerpo a cuerpo, encendieron la fogata en el monte Ida, desde cuya cima los dioses habían seguido el curso de la guerra, favoreciendo un bando u otro según su capricho. En Lemnos, en el monte de Hermeo aguardaban desde hacía años la señal de la victoria. No tardaron en prender broza seca para que los vigías apostados en la cima de Atos, consagrada al gran Zeus, encendieran a su vez una hoguera. Cuando los centinelas del Macisto distinguieron el resplandor rojizo en el horizonte, prendieron otra almenara, cuyo mensaje, mar a través, llegó hasta Mesapio. Allí los vigías hicieron un fuego que viajó más allá de la llanura del Asopo, cruzando los riscos del Cicerón, donde la guardia dio continuidad al relevo, cuyo fulgor sobrevoló la laguna Gorgopis, hasta el monte Egiplanto, donde encendieron una hoguera que se veía desde el promontorio que se alzaba sobre el golfo Sarónico. Y desde allí la señal luminosa que proclamaba que los aqueos al fin habían conquistado Troya voló rauda hasta el monte Aracne, que se divisaba desde la azotea del imponente palacio de los Atridas.

Alborozado, el centinela contempló unos instantes las llamaradas rojizas y anaranjadas que desgarraban el cielo noc-

turno, parpadeó un par de veces para asegurarse de que no se trataba de una ilusión pero, al volver a abrir los ojos, la luz seguía allí. Entonces bajó precipitado los escalones que conducían al interior del palacio y echó a correr por los pasillos. Se detuvo en seco frente a los aposentos reales; el estruendo de su apresurada carrera daba ahora paso a una respiración sofocada que el silencio de la noche multiplicaba en los corredores y, sin esperar a recuperar el resuello, llamó suavemente a la puerta. Aguardó unos instantes, conteniendo ahora el aliento para intentar percibir a través de las firmes hojas de madera algún sonido que le indicara que su aviso había sido escuchado, pero no oía nada. Volvió a llamar con más fuerza, pues tenía órdenes de la propia reina de despertarla en el preciso instante en el que la cima del monte Aracne ardiera por la victoria de su esposo, aunque fuera de madrugada.

◇◇◇

La tibia luz de una mañana de primavera inundaba por completo la estancia. Clitemnestra sostenía entre sus brazos a su primer hijo, alternando palabras cariñosas con pequeños movimientos para animar al recién nacido a seguir bebiendo la dulce leche. Le acariciaba el cuerpecillo con dulzura, embelesada ante tanta perfección. No podía dejar de contemplarlo. Sus manitas redondeadas, con unos encantadores hoyuelos en los nudillos, estaban posadas sobre su pecho, rodeándolo. El pequeño acababa de cerrar los ojos. Sus labios succionaban con deleite y todo su cuerpo estaba abrazado al de su madre. La plenitud de esa intimidad se desvaneció en un segundo interrumpida por unos gritos broncos que

traían la peor de las noticias: el rey de Pisa acababa de perder la vida en el campo de batalla a manos de Agamenón, rey de Micenas. ¡Tántalo, su amado esposo Tántalo, el padre de la criatura que tenía en brazos! El bebé se puso a berrear como si hubiera comprendido las palabras del heraldo y quisiera recuperar la atención de la madre, que de repente parecía estar muy lejos de la estancia que hacía unos instantes los cobijaba como si fueran un único ser. El estallido de los roídos goznes al abrirse hizo que Clitemnestra por fin oyera los llantos del hijo que parecía haber olvidado que tenía en su pecho. Trató de consolarlo entonando una melodía que aplacara los gritos, pero las lágrimas que se agolpaban en su garganta impidieron que el sonido saliera de sus labios, solo un segundo antes de derramarse a borbotones por sus mejillas dejándola apenas ver una imagen borrosa de la funesta escena que estaba a punto de acontecer. De pronto sintió una manaza que la zarandeaba. Alguien le arrancó a su pequeño y, de un empujón, la hizo caer al suelo, dándose un fuerte golpe que la dejó todavía más aturdida, y así permaneció unos segundos sin poder mover un músculo, su atención fija en unos sordos y constantes golpes que parecían provenir del otro extremo de la habitación. Sosteniéndose a duras penas a las patas de la cama, logró volver a levantarse y alcanzar el lugar del que provenían. Frotándose con avidez los ojos, pudo por fin ver cuál era el objeto de los impactos. Su hermoso hijo, que un rato antes mamaba con vehemencia, como si estuviera impaciente por beberse la vida, se había convertido en un amasijo informe. Clitemnestra se dejó caer al suelo, de rodillas. Las lágrimas habían detenido su incontenible fluir, y ahora eran solo una máscara reseca que

confería a su mueca aterida una consistencia pétrea, y enmarcaba unos ojos que no miraban, sino que atravesaban incrédulos la terrible imagen de su hijo muerto. La mano áspera y nervuda la agarró, obligándola a ponerse en pie. Agamenón la arrastró hasta un rincón de la alcoba, donde le rasgó la túnica con desdén, la derribó con brusquedad y descargó toda su ira en el interior de su cuerpo. Cuando se hubo desfogado, le anunció que sería su esposa y se la llevaría consigo a Micenas.

La reina abrió los ojos sobresaltada, enredada entre las sábanas empapadas en sudor. Alguien llamaba a su puerta con una insistencia desacostumbrada. Clitemnestra tuvo el presentimiento de que se trataba del vigía que estaba de guardia aquella noche. Antes de ir a abrir, se miró en un espejito ovalado que guardaba en el tocador y volvió a ensayar un gesto de alegría, debía mantener las apariencias, se dijo. Con su fingida sonrisa, escuchó las palabras del centinela, que le anunciaba exultante la caída de Troya.

◇◇◇

Sin haber logrado conciliar el sueño desde que de madrugada le habían comunicado que ardía ya la tea que anunciaba el regreso de su esposo, Clitemnestra esperaba las primeras luces del nuevo día. Su corazón arrancó un acelerado palpitar cuando, en el horizonte, vislumbró recortada la silueta de un heraldo.

Se dirigió a las puertas del palacio de inmediato, adonde acompañarían sus criados al mensajero en cuanto lo recibieran a la entrada de la ciudad. Pronto sabremos si dicen la verdad las luminosas señales del fuego o si, a modo de un

sueño, este grato fulgor que ha venido engañó nuestra mente, se decía la reina mientras esperaba las noticias. Por fin se abrieron las grandes puertas de madera dando paso al heraldo, que, tras la invitación impaciente de la reina, comunicó el esperado mensaje:

—¡Oh, reina de mi tierra argiva! Es un honor presentarme en el suelo patrio con tan buenas noticias. El rey Agamenón viene portando una luz que brilla para bien vuestro y de todos los que aquí están, saludadlo con gozo, pues lo merece, ya no hay en la ciudad enemiga rastro de altares ni templos, y la semilla de todo el país ha perecido: ha conquistado Troya.

Sin vacilar un segundo, Clitemnestra ordenó que se llevaran a cabo sacrificios para celebrar el regreso del rey de Micenas. Aquel día, la ciudad amaneció envuelta en gritos de victoria. Por las callejuelas retumbaban los clamores de alegría por el jefe de los aqueos. La gente acudía a los templos a ofrecer sus votos por el regreso del gran Agamenón, que había derrotado a Troya.

Egisto no intentó volver al lecho. Sabía que no podría dormir después de tan devastadora noticia. Pronto su primo Agamenón volvería y, si descubría que había ocupado su lugar en su tálamo nupcial, su cólera no tendría límites. Iba de un lado a otro de la habitación, intentando poner en orden sus pensamientos. La clara luz de la luna llena iluminaba la ampulosa estancia que se había destinado a sí mismo en el palacio del rey, y que el amor de Clitemnestra había colmado con los más suntuosos muebles. Pero ahora, su fastuosa alcoba le recordaba su traición y el precio que debía pagar por ella. No podía permanecer allí por más tiempo, el miedo parecía impregnar el aire de la habitación, impidiéndole re-

flexionar. Abrió imperioso las puertas de su balcón, tratando de ventilar la atmósfera viciada. Desde la galería, observó que la luna iluminaba nítidamente los jardines de palacio, por lo que decidió salir a pasear por sus veredas, perfumadas con el aroma del mirto, sin duda más relajantes para su ánimo. El día le sorprendió observando fijamente los juegos de los peces en el estanque, indiferentes a las tribulaciones de los hombres. La luz del alba le devolvió su propia imagen y, por un momento, se sintió sobresaltado, como si estuviera interrogándose a sí mismo. En ese mismo instante, tomó la decisión de no postergar más lo inevitable: había llegado el momento de enfrentarse a su destino. Entrando con paso decidido en palacio, mandó llamar a uno de sus hombres más leales.

—Soldado —dijo cuando lo tuvo ante su presencia—, ve a apostarte a la atalaya más cercana al mar, y no pierdas de vista sus aguas. Cuando el barco de Agamenón arribe, vendrás inmediatamente a avisarme, y a nadie más harás partícipe de la noticia. Si cumples bien tu misión, no escatimaré mi oro. Aquí tienes una prueba. —Mientras pronunciaba estas palabras, puso un par de pepitas en la mano del soldado—. Habrá más a tu vuelta, mas cuídate de incurrir en mi cólera.

El soldado, que no podía creer el peso del metal que aferraba en su puño, saludó con deferencia a Egisto y se marchó sin hacer preguntas, dispuesto a seguir escrupulosamente sus órdenes a la espera de la magnífica recompensa.

∞

En alta mar, las olas mecían con suavidad una nave capitaneada por el jefe de los aqueos. A bordo solo se veían caras

pálidas, miradas ojerosas, expresiones de angustia, cuerpos enjutos y huesudos. La travesía se había alargado enormemente a causa de una tormenta que desperdigó los distintos barcos que regresaban de Troya, cargados con el botín de guerra, y que incluso hizo zozobrar a varios. La nave de Agamenón fue zarandeada durante horas por un viento huracanado que encrespó los mares, pero en un momento dado —ya nadie recordaba cuándo, pues estaban todos agotados— una corriente favorable hinchó las velas y la alejó de la tempestad.

Transcurrieron varias semanas desde la noche en que se encendieron las almenaras hasta el día en que el barco del jefe de los argivos amarró en el puerto de Nauplia. Por fin, cuando la tenue luz comenzaba a calentar las primeras piedras de los muros de Micenas, los guardias avistaron una comitiva que se acercaba a la puerta de los Leones. Avanzaba constante pero despacio, como si los valientes hombres que volvían tras años de guerra no tuvieran prisa por alcanzar sus hogares, por besar a sus mujeres, por abrazar a los hijos que quizá no reconocerían a primera vista, sino que quisieran disfrutar un poco más del silencio que sigue a una tormenta nocturna, cuando las calles no han despertado aún y solo se oyen las últimas gotas que caen indolentes sobre los charcos que empiezan a secarse.

En cuanto Agamenón atravesó la puerta de los Leones que daba paso a la ciudad, esta se estremeció por completo con el alboroto de sus habitantes; unos abrazaban entre lágrimas de alegría a sus hijos, apretando sus cuerpos y fijando la mirada en sus rostros para asegurarse de que no era otro de los sueños que habían mantenido viva la llama de la es-

peranza, otros se abrían paso entre el gentío con manotazos y sollozos, negándose a creer que sus pesadillas ahora eran reales, y los suyos no estaban entre los afortunados que conformaban el séquito victorioso.

Al llegar a la puerta del palacio de los Atridas, el barullo que acompañaba a los héroes enmudeció ante la visión de la reina, que se erigía solemne acompañada de criados y esclavas. Todo estaba preparado para la llegada del rey.

—¡Bienvenido seas, Agamenón! —le dijo Clitemnestra, yendo a su encuentro con los brazos abiertos, mientras enarcaba los labios en una ensayada sonrisa—. No existe mayor dicha para una fiel esposa que abrir las puertas de su morada al marido que regresa de la guerra. Ya he sufrido demasiado en tu ausencia, atormentada por rumores desalmados y noticias que anunciaban mil desgracias. Al fin, liberada de la angustia, puedo saludarte, amado esposo.

Los vítores y aclamaciones se reanudaron con fuerza renovada. Mientras, Clitemnestra se detuvo en la visión de su marido. Observó que estaba avejentado: tenía la cara surcada de arrugas y el pelo bastante cano. Seguía siendo vigoroso, la piel curtida por los años y las armas le otorgaba un aspecto más recio, aunque la deslumbrante belleza de antaño, esa aura heroica que había acabado seduciéndola, había sido cercenada en algún rincón de la Tróade. Pero había algo en él que no reconocía, como si la sangre derramada hubiera emborronado su pasado, y ya no la mirara con sus ojos. El semblante de Clitemnestra se endureció al reconocer en sus rasgos al hombre que le arrancara de sus brazos a su primer hijo cuando no era más que un niño de pecho, a aquel que fue capaz de sacrificar como la más valiosa ofrenda a su hija

Ifigenia a cambio de que los dioses lo ayudaran a conquistar la victoria que ahora celebraba. Entonces volvió la cabeza para espantar las imágenes de sus hijos muertos, y su mirada se cruzó con la de Egisto, que clavaba la suya en ella, inquisitivo, como intentando devolverla al papel que habían ensayado juntos. Cumpliendo la muda recomendación de su amante, Clitemnestra hizo un gesto a sus esclavas, que, solícitas, se dispusieron a extender ante el carro del soberano una majestuosa alfombra púrpura para que el soberano pisara el suelo regio que a sus honores correspondía.

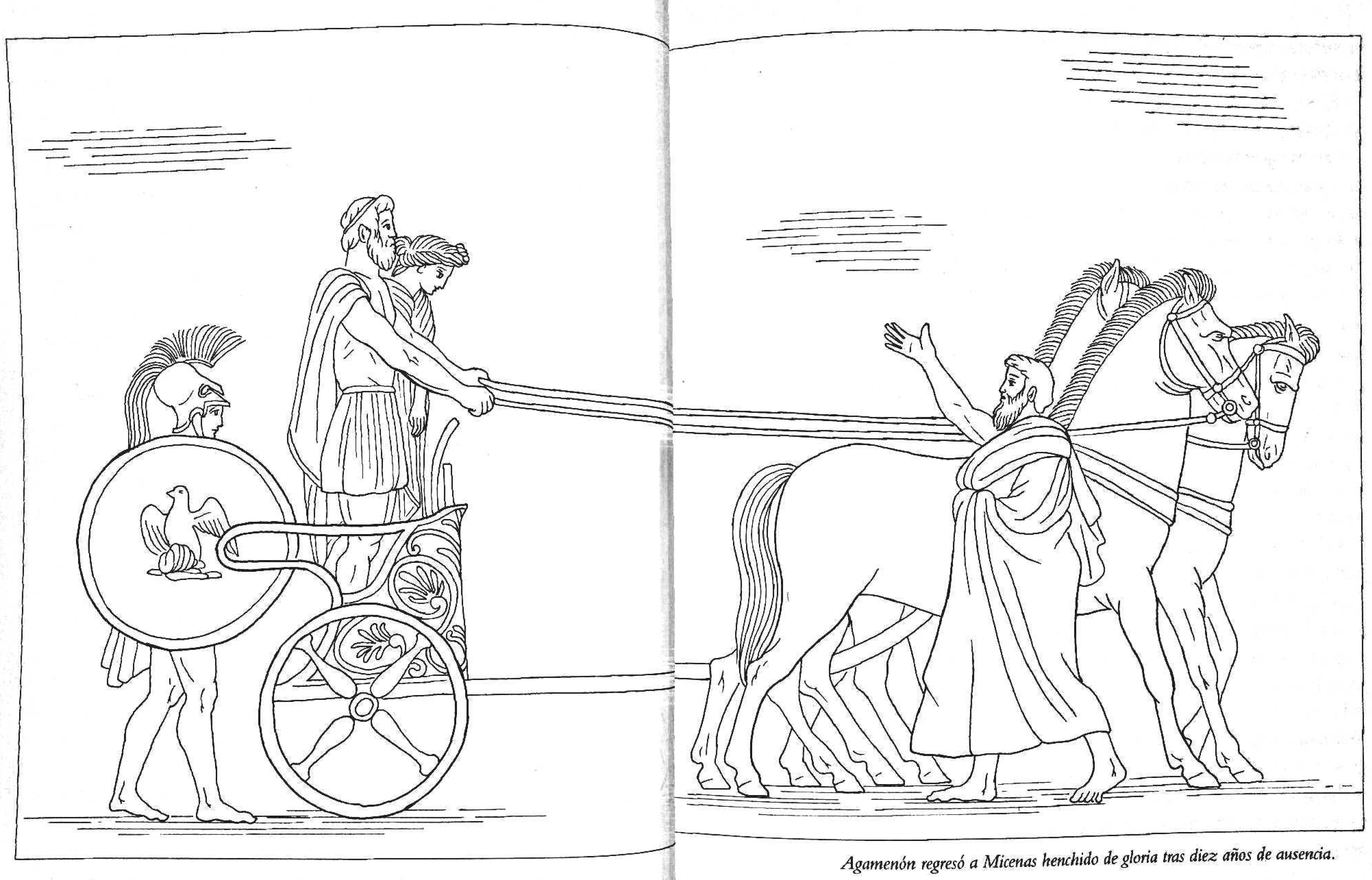
Agamenón, tras contemplar los exquisitos bordados que salpicaban el sendero encarnado tendido ante él sin descender del carro, se volvió hacia una mujer oriental de rasgos juveniles que, erguida a su lado, contenía los movimientos curiosos de dos preciosos niños. Intercambiaron una rápida mirada y el soberano se dirigió por fin a la reina:

—Hija de Leda, guardiana de mi casa, no tiendas alfombra alguna ante mí, pues la envidia a mis pasos podría acompañar —le reprochó—. Es a los dioses a quienes hay que rendir homenaje. Yo no soy más que un mortal, así que debes honrarme como tal, sin bordados ni alfombras, pues mi gloria habla ya por sí sola.

—Si Príamo hubiese conseguido la victoria, ¿qué crees que habría hecho? Nadie envidia al que no despierta celos —respondió Clitemnestra, ofendida por las desagradecidas palabras de su esposo.

El ambiente festivo, no del todo ajeno a la conversación de los monarcas, empezaba a enrarecerse.

—No necesito vencer esta pugna —contestó el rey, impaciente por zanjar la incómoda conversación—. Si así lo



Agamenón regresó a Micenas henchido de gloria tras diez años de ausencia.

quieres, que tus esclavas desaten mis sandalias, y que al hollar con mis pies esta riqueza, no me alcance la mirada de los dioses.

Acto seguido, bajó del dorado carro en el que había recorrido glorioso el camino de regreso a casa por las tierras de Micenas para que todos sus súbditos lo admiraran. Al poner los pies en tierra firme, tras la dura travesía en mar para llegar hasta ellos, acaparó sus terrenos con la mirada, escudriñando a la muchedumbre formada por sus hombres, su séquito y su botín. Hizo señas a la mujer para que se reuniera con él. Esta logró abrirse paso entre el gentío, agarrando de la mano a dos gemelos vivarachos. Agamenón, empujándola suavemente por la cintura, los colocó a su izquierda. Ella no había pronunciado una sola palabra desde que llegara. Era hermosa, pero su expresión distante traslucía mucho sufrimiento. Los niños revoloteaban a su alrededor, enfrascados en sus juegos, ajenos al ceremonioso recibimiento.

—Acoge a esta extranjera —le dijo Agamenón a su esposa, rehuyéndole la mirada—, pues forma parte de mi hueste.

Clitemnestra apenas podía contener su indignación. A pesar de que el sol caía a plomo, se estremeció como si soplara viento del norte. Pese al ultraje de su marido, se mantuvo muy erguida, con la mirada al frente. Mientras caminaban solemnes por el purpúreo sendero, tomó la resolución de ignorar a la extranjera. Decidió contemplar la ciudad como si ella también acabara de llegar a Micenas tras un largo viaje. Ante sus ojos desfilaron olivos centenarios —cuyos gruesos troncos retorcidos, coronados por hojitas alargadas que centelleaban al sol, eran como esculturas vivientes—, inmensos pinos que flanqueaban el camino y pequeños matojos de romero y tomillo recortándose contra la tierra rojiza y pedregosa. A su lado, Agamenón parecía indiferente al panorama que su hogar desplegaba ante sus ojos. Charlaba con la forastera con una ligereza y una jovialidad que Clitemnestra no le había visto jamás en sus muchos años de matrimonio. Observándolo de soslayo vio que, en repetidas ocasiones, acariciaba la mano de la esclava con suavidad, como si quisiera consolarla.

—Este es mi palacio, Casandra, la morada del linaje de los Atridas —le dijo Agamenón con dulzura.

La joven troyana no dio muestras de haberlo oído. De repente, el rey se dio cuenta de que le temblaba todo el cuerpo. Las primeras palabras que salieron de sus labios dejaron a toda la comitiva desconcertada.

—Cruel Apolo —se lamentaba, fuera de sí—, ¿por qué vuelves a perderme? ¡No hay escapatoria! Esta casa es el escenario de crímenes atroces.

Clitemnestra, olvidando toda prudencia, no podía apartar la vista de ella. Visiblemente conmovida, escrutó el semblante de su marido, temiendo haber sido traicionada.

Agamenón, por su parte, interpretó la mirada de su esposa como un signo de desdén, como si la altiva reina lo menospreciara por consentir de ese modo a una esclava.

—¡Silencio! —la atajó Agamenón

Mas Casandra no podía escuchar sus amenazas, enajenada por el terror.

—¡Traidora! ¿Qué infame sacrificio se prepara? —exclamó dirigiéndose a Clitemnestra.

Clitemnestra, que caminaba del brazo derecho de su marido, detuvo un instante el paso, sobresaltada. ¿Cómo podía conocer sus intenciones aquella ramera? ¿Por qué la in-

crepaba de aquella manera, como si pudiera leer su alma y sus propósitos? Dándose cuenta de que Agamenón no hacía el menor caso de sus palabras, continuó caminando, temerosa de que su miedo fuera más elocuente para su marido que las revelaciones de su amante.

—¡Mísero destino el que me aguarda en este palacio enemigo, del que no sale a recibirnos sino el hedor de la muerte! —prosiguió Casandra, presa del furor.

El semblante de Clitemnestra se tornó pálido pero, en ese momento, llegaron a la entrada principal del palacio. La reina de deshizo con alivio del brazo de su marido, al mismo tiempo que farfullaba una excusa sobre los quehaceres que la reclamaban, y se escabulló en el interior.

◇◇◇

Una vez en su alcoba, Clitemnestra se miró en el espejito del tocador: estaba empapada de sudor y tenía toda la cara roja. Ofuscada, llamó a su sirvienta para que la ayudara a cambiarse la túnica y a acicalarse. A medida que encadenaba gestos cotidianos, su sentimiento de injusticia se iba apaciguando.

—Señora —le dijo su criada, mientras le peinaba su larga cabellera ondulada—, el palacio ya bulle de rumores sobre la extranjera.

—¿Qué extranjera? —le espetó la reina con desdén, aunque sabía perfectamente a quién se refería.

—La concubina de Agamenón —prosiguió la criada, aunque la voz le temblaba al pronunciar cada palabra—. Es una de las hijas del rey Príamo y la reina Hécuba de Troya. Casandra, he oído que la llaman.

La reina no esperaba que la rival que Agamenón sentase en su carro estuviera a la altura de su linaje. Esto aumentó el tamaño de la afrenta que su esposo le había infligido.

—Princesa o no, ahora es su botín de guerra, y eso la convierte en esclava, y ni siquiera puede considerarse de las más bellas, pues su tez está avejentada por el sol oriental.

—Las malas lenguas dicen que era sacerdotisa del templo de Apolo. Cuentan que el dios se encaprichó de ella y le prometió el don de la profecía si se le entregaba. Pero luego ella se desdijo, así que Apolo la condenó a que nadie creyera sus profecías.

Clitemnestra tembló al oír a la sirvienta, pero intentó aparentar serenidad.

—Me traen sin cuidado las habladurías —la interrumpió Clitemnestra—. Déjame a solas.

Necesitaba ordenar sus pensamientos. Le daba igual quién fuera aquella esclava que tenía prendado a su marido y que le había dado dos hijos más, pero le dolía que Agamenón la desdeñara hasta el punto de humillarla el mismo día de su llegada, ignorando las más elementales normas del decoro que un rey debe guardar en público ante su esposa. Se preguntó cuándo dejó de amarlo, si es que alguna vez había llegado a amarlo de verdad, como a Tántalo. No, se decía, mientras recordaba el infinito amor de su primer esposo y sus tiernas caricias. Se dejó llevar por ese recuerdo, tratando de olvidar por un momento la llegada de Agamenón. Recordando aquella vida lejana en la que era una joven y fiel esposa, amada y respetada por Tántalo, logró espantar por un tiempo provisorio los sentimientos dolorosos, como si fueran una bandada de pájaros negros. De repente, sintió la

necesidad de alejar aquellos fantasmas y aferrarse al presente, y su pensamiento voló hasta Egisto, con quien apenas se había cruzado aquel día. Recordó cuánto la halagaron sus torpes insinuaciones, años atrás, cuando ella ya se sentía envejecida por la viudez a la que la había condenado la ausencia de Agamenón. Desde que amaba a Egisto, las noches de invierno ya no se le hacían interminables, como antaño. De pronto, la reina sintió una punzada de dolor al comprender que, desde ese mismo día, su deseo se vería frustrado. ¿Cómo se las arreglaría para compaginar sus obligaciones como esposa con sus deliciosos encuentros con su amante? ¿Sabría reanudar la vida marital con Agamenón, llena como estaba de resentimiento? Agitó una campanilla que tenía en el tocador y su criada acudió al instante.

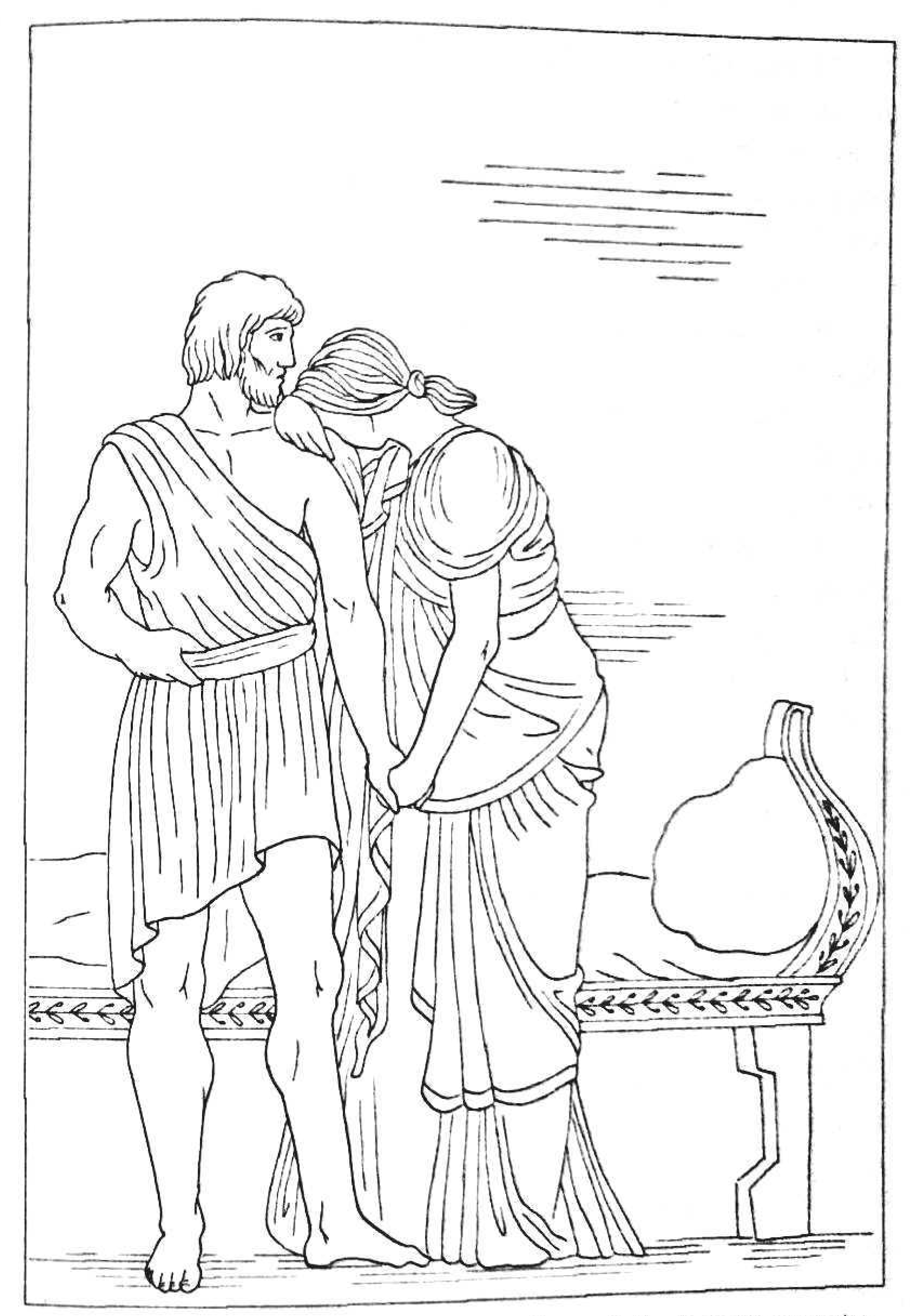
—Ve a llamar a Egisto. Pídele que venga a escondidas, que nadie lo vea.

Cuando su amante entró sigilosamente en sus aposentos, encontró a Clitemnestra tumbada, con el cuerpo ovillado y el gesto abatido. Tuvo la impresión de que había envejecido más en unas cuantas horas que en todos los años que habían pasado desde que se conocieran. Estaba tan ensimismada que ni siquiera lo oyó entrar.

—Egisto, estás aquí —susurró lanzándose a los brazos de su amado cuando por fin se percató de su presencia.

—He venido en cuanto has llamado. Si no he acudido antes a ti, ha sido por temor a que tu integridad fuera comprometida. Ahora debes suavizar el semblante, amor mío, y mostrarte ante todos alegre y dichosa por la vuelta de tu esposo.

—¿Cómo puedes decir eso? No es tan sencillo. La gente se imagina que estoy dando saltos de alegría porque mi marido



Clitemnestra se lanzó a los brazos de su amado cuando lo vio en sus aposentos.

ha vuelto, pero yo hubiera preferido que se quedara en Troya o que su nave naufragara y se lo tragara el mar. ¿Cómo voy a compartir lecho con él? ¡Mató a nuestra hija Ifigenia con sus propias manos, para que los dioses lo ayudaran a navegar hasta Troya!

A Clitemnestra se le llenaron los ojos de lágrimas. El regreso de Agamenón le había abierto la herida de la pérdida de su hija.

—Y, para colmo, tú y yo teniendo que escondernos, mientras él me humilla en público haciendo gala de sus nuevos amoríos —sollozó Clitemnestra.

—No te ofusques, Clitemnestra. Recuerda nuestro plan. Al fin ha llegado el momento de pasar a la acción —susurró Egisto muy despacio, como si hablara con una niña que ha perdido la razón—. Dentro de unas horas seremos libres pero, mientras tanto, tenemos que conservar la calma —le dijo acariciándole la mejilla con dulzura—. Ahora debo marcharme para dar las últimas órdenes a mis hombres. Trata de sobreponerte y cumple con tus obligaciones. Que nadie sospeche nada. Nos veremos más tarde en el banquete.

Antes de abandonar la alcoba, Egisto besó largamente a Clitemnestra, tratando de infundirle con su beso el coraje que ella había reclamado de sus brazos cuando lo mandara llamar.



2

LA TRAICIÓN DE LA REINA

Aquella tarde de verano, un sol abrasador caía inclemente sobre Micenas. El suntuoso palacio de los Atridas se recortaba contra el azul inmaculado del cielo libre de nubes. Tras las murallas, erigidas con ciclópeos bloques de piedra, se extendían secarrales, matojos y algunos pinos y olivos dispersos.

Desde el alba, el palacio bullía de una actividad incesante, los sirvientes y doncellas que zigzagueaban de un lado a otro le conferían el aspecto de un hormiguero. Al anochecer se celebraría el mayor banquete que se hubiera visto en la ciudad en diez años en honor de su rey, que tras regresar al hogar como el victorioso comandante de los ejércitos que habían traspasado las hasta entonces inexpugnables murallas de Troya había logrado que el nombre de Micenas quedara siempre inscrito en la posteridad, junto con el de todos los valientes que lo acompañaron. Los criados no daban abasto

preparándolo todo. Las esclavas llevaban desde el amanecer elaborando toda clase de manjares. Como cada día, amasaban harina de cebada para hacer pan y tortas, que los comensales acompañarían de aceitunas, queso, legumbres, carne, pescado y fruta seca. Algunas criadas tenían la cara y los brazos blancos de tanto trajinar harina. En la cocina hacía un calor todavía más sofocante que en el exterior, pues estaba llena de una espesa humareda: para agasajar a su marido, que era un gran amante de la carne regada con vino, la reina había ordenado que asaran una docena de corderos y un buey, rociados con abundante aceite de oliva y perfumados con ramitas de romero. En unos pequeños cuencos de oro, las sirvientas iban disponiendo higos, granadas, avellanas y nueces para el postre, así como algunos pasteles elaborados con miel y queso fresco. Clitemnestra había insistido en que la cena, además de exquisita, debía ser abundante, pues quería que su marido se deleitara hasta la saciedad. Era su deseo, repetía constantemente, que Agamenón encontrara la casa tal y como la había dejado al partir.

∞

Al caer el sol, empezaron a llegar los invitados al banquete. Antes de entrar en el salón principal del palacio de Micenas, se descalzaron. En poco tiempo se formó una larga hilera de sandalias cubiertas de polvo rojizo, pues hacía semanas que no llovía y los caminos estaban muy secos. Cuando cruzaban la puerta, los criados los engalanaban con una corona de hojas y de flores. A continuación, les ofrecían un aguamanil y una jarra para que se lavaran las manos. Poco a poco, mientras charlaban, los hombres se fueron acomodando: se

tumbaron en los lechos, con las piernas extendidas y el torso reclinado en unos mullidos almohadones dispuestos junto a las mesillas redondas, en las que ya habían servido vino aromatizado e higos secos para abrir boca.

Agamenón tardó bastante en llegar. A medida que se acercaba con andares pesados, el alegre bullicio se fue extinguiendo. Sus súbditos lo observaban algo perplejos, impactados por la adusta expresión de su rey. Ya no era el joven atlético que partiera hacia la guerra diez años atrás. El hombre que se dirigía con paso firme ante ellos se encontraba en plena madurez, algo encorvado por los pesares. La mujer oriental, cabizbaja, lo seguía unos pasos por detrás, como si la guiaran unas cadenas invisibles. Según los rumores, la había tomado como concubina después de hacerla su esclava en Troya. Agamenón se tumbó en el lecho colocado en el lugar principal, mientras con un gesto indicó a Casandra que fuera a reunirse con el resto de las esclavas que amenizaban el banquete, y esta se sentó entre ellas con la espalda recta y la cabeza alta, devolviendo desafiante las miradas que los curiosos invitados le dirigían. Con un ademán, Egisto dio la orden de que empezaran las libaciones rituales. Todos los comensales dieron un trago de vino puro y luego rociaron unas gotas invocando a los dioses olímpicos. Acto seguido, los criados comenzaron a traer escudillas y cuencos colmados de manjares. Mientras tanto, otros se encargaban de ir llenando las copas de vino diluido en un poco de agua.

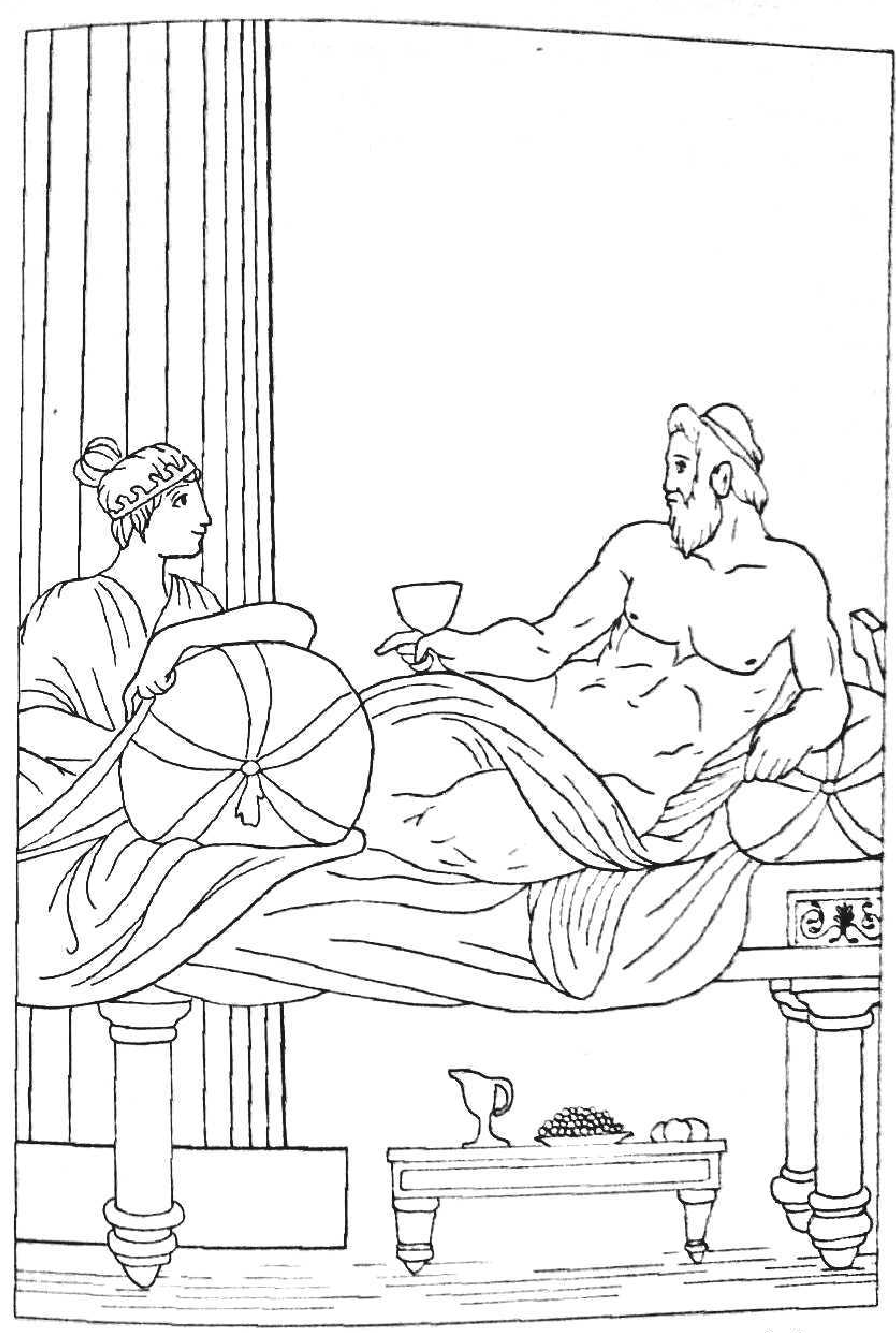
Agamenón engullía ensimismado los platos del festín, parecía como si acabara de regresar de una agotadora jornada de caza y no de una guerra en tierras lejanas. Devoraba con avidez sus platos preferidos ajeno a la actitud temerosa de su

primo Egisto y a las miradas decepcionadas de sus súbditos, que esperaban ansiosos que el rey les contara sus hazañas bélicas. Las escasas historias que les había relatado sobre el sitio de Troya, atendiendo a sus ruegos, habían entusiasmado a su audiencia, dejándolos más ávidos de escuchar sus aventuras que cuando comenzara su narración. Pero su señor no parecía querer complacerlos. Tenía un aspecto apesadumbrado. Entre bocado y bocado, iba bebiendo vino. De vez en cuando, dirigía alguna pregunta a Egisto sobre el estado actual de la ciudad o las finanzas del palacio. Su primo, sentado a su lado, le respondía obsequioso, casi servil, aunque al contrario que Agamenón, apenas había probado los exquisitos manjares que servían los criados.

∞

Ya casi era medianoche. La luna resplandecía en el cielo estrellado. Sin embargo, el banquete no había terminado: mientras charlaban, algo embriagados ya, los comensales seguían bebiendo vino, que los criados escanciaban en abundancia al mismo tiempo que iban sirviendo pastelitos con frutos secos y miel. Los hombres estaban completamente recostados en los lechos, con el cuerpo desmadejado. En el salón principal del palacio de Micenas reinaba un bullicio festivo, la alegría inconsciente que provocan los grandes festines.

Agamenón era el único que no participaba de la algarabía general. Fruncía el ceño, como si estuviera envuelto en una gélida coraza de inquietud. Muy a su pesar, no podía quitarse de la cabeza las extrañas palabras que había pronunciado Casandra al llegar al palacio.



Agamenón engullía el banquete como si acabara de regresar de una jornada de caza.

Clitemnestra lo observaba de lejos, escondida tras unos cortinajes que ocultaban el salón del banquete. Su marido parecía cansado, pues llevaba largo rato sin descoser los labios y ya apenas bebía. La reina se cubrió la cabeza y los hombros con un manto de hilo y se acercó a él.

—Es tarde, Agamenón —le susurró al oído—. Debes de estar agotado tras el largo viaje. Supongo que querrás darte un baño antes de acostarte. ¿Quieres que vaya a preparártelo, como antaño?

Agamenón asintió sin decir palabra, con la mirada perdida. Clitemnestra se abrió paso entre los hombres que parloteaban y se reían a carcajadas y abandonó el banquete. Cuando ya había recorrido la mitad del camino, aminoró el paso y aguzó el oído. Al parecer, nadie la seguía. Entonces dejó caer una pulsera de oro al suelo como excusa para poder darse la vuelta al recogerla y así, mientras tanto, escudriñar la negrura. No había nadie. Aguardó unos instantes agazapada en la oscuridad. Cuando tuvo la certeza de que estaba completamente sola, tomó un pasillo adyacente cambiando de dirección y entró en un cuartucho que hacía las veces de almacén. Allí, en un rincón, entre cachivaches y muebles viejos, guardaba un zurrón. A oscuras, Clitemnestra lo palpó para asegurarse de que su contenido seguía intacto. Bajo el pellejo, notó unas formas puntiagudas, suavizadas por algo que las envolvía. Prendió una pequeña antorcha y, acto seguido, abrió el zurrón: ahí estaban la daga, el hacha y la prenda de malla que había tejido tiempo atrás, en secreto, y que ahora había escondido cuando supo que Agamenón regresaría pronto. Con un rápido gesto, Clitemnestra lo ocultó bajo su túnica y volvió a salir. Atravesó varios corredores y

salas apenas iluminadas por algunas antorchas antes de llegar al cuarto de baño. Entonces escondió el zurrón debajo de un montón de túnicas y se dispuso a llenar la bañera.

Agamenón postergó largamente el momento de levantarse de la mesa. Cuando por fin entró en el baño, ni siquiera la miró, como si fuera una simple criada. Por un instante, Clitemnestra recordó los primeros tiempos de su matrimonio, cuando Agamenón volvía exaltado de las partidas de caza y, mientras ella lo ayudaba a bañarse, la atraía hacia sí y acababan enredados en besos y abrazos, sin aliento. Ahuyentó aquellos recuerdos dulces y dolorosos al mismo tiempo. Tuvo la impresión de que el hombre que se desvestía con desgana junto a ella, dándole la espalda, era un extraño.

Junto a su túnica arrugada, impregnada del sudor y del salitre del viaje, Agamenón dejó las armas que llevaba siempre consigo. Acto seguido, sumergió su fatigado cuerpo en el agua tibia, sin decir palabra, como si estuviera solo. Cerró los ojos, adormilado. Al cabo de unos instantes, empezó a roncar suavemente. Clitemnestra aguardó todavía un poco más, escrutando el rostro impasible de su marido. Al ver que seguía inmóvil, fue a llamar a Egisto, que esperaba su señal apostado cerca de la puerta. Al fijarse en la pálida tez de su amante, la reina temió que se hubiera acobardado, pero decidió guardarse para sí esa impresión, por miedo a que su cómplice renunciara a continuar con el plan que ambos habían trazado.

Clitemnestra aguardó con exasperante impaciencia que Agamenón abandonara su sueño, y al fin el rey despertó. A continuación, se enjabonó a conciencia, insistiendo en todos los pliegues y los recovecos de su aguerrido cuerpo. Después, tomó un cuenco de bronce y se enjuagó. Se levantó y sacó un

pie de la bañera. Su esposa se acercó enseguida, con una toalla en las manos, para envolverlo. Agamenón abrió los brazos en cruz, esperando que su mujer le secara todo el cuerpo, como había sido siempre su costumbre. Pero en lugar de envolverlo amorosamente, ella le echó encima, con un rápido movimiento, una especie de saco de malla con una única abertura, que lo envolvió por completo, apresándolo, y del que no lograba deshacerse. Agamenón, sorprendido, cabeceó y se agitó como un pez atrapado en una red. Trató de liberarse, extendiendo los brazos e intentando romper la malla que lo cubría, pero fue en vano. Por mucho que forcejeara, la red no cedía. El Atrida resoplaba como un buey mientras las venas de su poderoso cuello se iban hinchando. Todo su cuerpo estaba en tensión, librando un combate que parecía perdido de antemano.

—¡Ingratos! ¡Me habéis herido de muerte en las entrañas! —gritó con un hilo de voz, desangrándose.

Egisto acababa de atravesarle el pecho con una daga. Antes de que el jefe de los aqueos pudiera pedir socorro, su primo volvió a clavarle la daga en el torso con todas sus fuerzas. De pronto, Agamenón se desplomó cuan largo era, golpeándose la nuca contra el filo de la bañera. Egisto se agachó junto al rey y, con saña, le hundió el puñal en el pecho por tercera vez. Mientras sentía que su vida lo abandonaba, Agamenón, que había sobrevivido a los ejércitos del legendario Héctor, hermano de Casandra, maldijo a Clitemnestra y Egisto por tan ingrata muerte para el vencedor de la más gloriosa guerra jamás librada.

Al ver el agua teñirse de un rojo púrpura como el vino, Clitemnestra alzó el hacha con las dos manos y dejó que se precipitara decidida sobre el cuello de su marido, cercenándole la cabeza. La fuerza del golpe la hizo tambalearse unos instantes, pero enseguida recuperó la estabilidad, con un gesto exultante. Impertérrita, siguió con la mirada la cabeza que rodaba por el suelo, sin experimentar ni un atisbo de compasión, con el alivio de quien ha completado una ardua tarea. Al fin había hecho justicia.

—¡Era el final que merecías, Agamenón! —dijo, escupiendo al cadáver del que había sido su marido—. Con tu muerte se venga el asesinato de Ifigenia. ¡Y el de Tántalo y su primogénito!

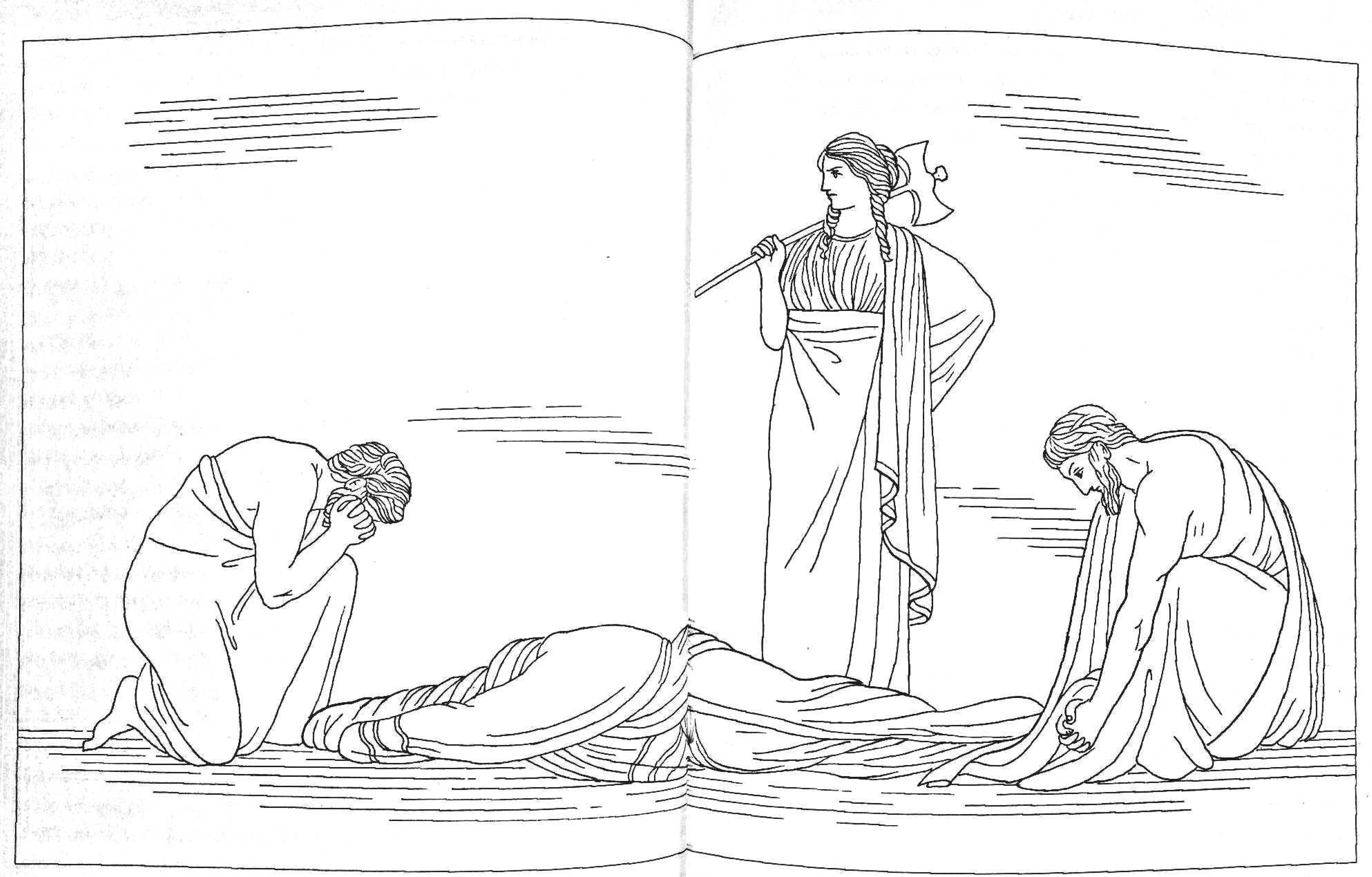
Dejó la cabeza inerte de su esposo donde estaba, sin acercarse a cerrarle los párpados o la boca. Aún no había terminado. Salió corriendo del baño, empuñando la misma arma, en busca de la esclava oriental. Encontró a Casandra vociferando, lastimera, consciente de que no tenía escapatoria alguna. Esperaba su turno.

—¡Ya se acerca mi destino! —decía Casandra entre sollozos—. Proclamo mi tragedia. ¡Desdichada de mí!

La sacerdotisa troyana se quedó quieta, observando a Clitemnestra acercarse con un hacha en la mano y el cuerpo manchado de sangre. De pronto recordó algo. Se aclaró la garganta y anunció en voz alta, con la esperanza de que su asesina la escuchara:

—¡Clitemnestra! En esta luz postrera, suplico a Apolo que, cuando llegue el tiempo de tu castigo, tu ejecutor recuerde mi muerte y me haga partícipe de su venganza —dijo con grave serenidad.

Acto seguido, inclinó la cerviz, entregándose a su destino. Clitemnestra se la cercenó sin titubeos. La hermosa cabeza de Casandra se estrelló contra el suelo al mismo tiempo



Clitemnestra cercenó la cabeza de su esposo sin un atisbo de compasión.

que su cuerpo se desplomaba, formando un gran charco púrpura a su alrededor.

Mientras tanto, aferrando en su puño la daga que había dejado a Micenas sin su rey, Egisto buscaba a los hijos gemelos de ambos, ahora huérfanos y desprotegidos. Su madre, sabedora de la matanza que se avecinaba, les había ordenado que se escondieran y permanecieran agazapados, sin mostrarse, tanto tiempo como les fuera posible. Egisto, incapaz de encontrarlos, comenzaba a desesperarse.

—¡Buscad a los gemelos! ¡Que no escapen! Si hace falta, ¡registrad todo el palacio! —ordenó a sus hombres.

Apenas eran unos chiquillos, aún así Egisto temía que, al crecer, quisieran vengar a su madre, por ello su empecinamiento en darles muerte.

Algunos minutos después, se oyeron unos chillidos que se aproximaban. Uno de los hombres de Egisto arrastraba a los gemelos, que pataleaban con todas sus fuerzas, tratando en vano de resistirse. Al llegar ante Egisto, descubrieron el cadáver decapitado de su madre, que yacía en el suelo, y sus llantos desconsolados se redoblaron. Cuando los tuvo delante, Egisto no vaciló: se agachó y clavó la daga en el pecho del más cercano a él con un gesto preciso. Horrorizado, el último de los vástagos de Casandra enmudeció, incapaz de reaccionar. Aprovechando su estática conmoción, Egisto le dio el mismo trato que a su hermano.

Clitemnestra lo observaba embelesada. Rodeada por los cuerpos inertes de Agamenón, Casandra y sus dos hijos, al fin se sentía en paz.

—¿Qué ocurre? —gritaron algunos de los comensales, que empezaron a agolparse en el lugar de la matanza.

—Aquí yace Agamenón, mi esposo, cadáver ya, abatido por mi propia mano. Tras largo tiempo tramando la venganza, ¡ha llegado la hora del triunfo! Alegraos, si es que os regocija. Llenó su crátera de males y acaba de pagar por ello.

Ninguno de los comensales allí presentes osaba intervenir. Agamenón solo había estado un día en su casa, y Clitemnestra llevaba diez años siendo su reina.

—¡Qué osadía, mujer ponzoñosa, qué jactancia! ¿Cómo te has atrevido a perpetrar semejante crimen? —le recriminó al final uno de los invitados, dando así voz al resto de los convidados.

—Acabarás desterrada, lejos de tu patria, blanco del odio del pueblo —terció otro.

Clitemnestra no pensó en castigarlo. Ya había derramado demasiada sangre ese día.

—¿Y por qué nadie puso el grito en el cielo cuando Agamenón se atrevió a sacrificar a su hija como si fuera una simple res, para hechizar los vientos de Tracia?

La reina esperaba encontrar compasión entre sus súbditos, pero una voz estentórea, que se repetía como un eco, la sacó de su error.

—¡Traidora! —gritaban todos.

—¡Oh, rey! ¡Qué muerte tan impía! Yaces en un lecho innoble, abatido con alevosía por tu propia esposa.

—¿Acaso no fue él quien causó la desdicha de mi familia? ¡Que sufra justamente por el dolor injusto que causó al ser que él mismo engendró, mi querida Ifigenia!

Pero los hombres, conmocionados ante el espectáculo de muerte que se abría paso entre ellos a través de la sangre derramada, no podían dejar de pensar en su rey.

—¿Quién le ofrecerá honras fúnebres? —preguntaban—. ¿Quién llorará su desdichada muerte y alabará sus heroicas hazañas?

Ante estas preguntas, Clitemnestra, con las manos aún ensangrentadas, dio un paso al frente.

—Yo misma lo enterraré, pero no permitiré que nadie lo llore en esta casa. Tan solo Ifigenia dará la bienvenida a su padre en la eternidad.

—¡Armas en mano! —ordenó Egisto.

Sus hombres empuñaron la espada. En pocos minutos, el palacio de Micenas se convirtió en un verdadero campo de batalla. El fragor de las armas retumbaba en la madrugada. Junto a los cadáveres ya fríos del rey, de la profetisa troyana y de sus gemelos, iban cayendo algunos hombres de la guardia de Agamenón, que se enfrentaban a los secuaces de Egisto y de Clitemnestra. El combate se alargó varias horas. Aunque los seguidores de Agamenón eran tan fuertes como su señor, acabaron doblegados por los hombres de Egisto, que los superaban con creces.

—¡Ya basta de sufrimiento! —suplicó Clitemnestra cuando despuntó el día y ya quedaban pocos hombres batallando—. ¡Ya se han segado demasiadas vidas! Hombres de Micenas, doblegaos ante Egisto, vuestro nuevo rey. Retiraos todos a vuestras casas y someteos a los dictados de la fortuna, pues de lo contrario esta se volverá contra vosotros.

3

Las tribulaciones de Electra

Confinada en su cuarto, situado justo debajo del tejado, junto al ala del palacio reservada a los criados, Electra era presa de la melancolía. Aquel día llovía a raudales. De vez en cuando alzaba la cabeza para observar los boquetes del techo por los que se colaba el agua, que iba formando varios charcos en el suelo de su humilde alcoba. Pese a las incomodidades que le causaba el hecho de que el techo estuviera roto, le gustaba contemplar el cielo desde su pequeña cárcel.

Al cabo de pocas semanas llegaría la primavera. Verdearían los árboles y los campos, los animales se aparearían y los jóvenes se volverían enamoradizos: todo rebosaría de vida salvo ella, condenada a la castidad y a la soledad por el infame Egisto, quien, para evitar que tuviera un hijo varón que pudiera vengar la muerte de su padre, se había mostrado implacable: no aceptaría jamás a ningún pretendiente para Electra. Incluso los más perseverantes acabaron desistien-

do al ver que el nuevo rey de Micenas se enfurecía cual hidra ante sus propuestas y los expulsaba de su palacio con veladas amenazas. De hecho, a Electra le habían llegado rumores de que la idea primigenia de su padrastro era darle muerte, pero que al final resolvió simplemente impedir que tuviera descendencia, atendiendo a los ruegos de Clitemnestra, que no podría soportar perder a otro de sus vástagos.

—Solo estoy viva para la conciencia de mi madre —se dijo Electra—, pues mi vida no me pertenece, y al menos en la muerte sería dueña de mi cuerpo y descansaría en paz. ¡Malditos adúlteros asesinos!

Al parecer, según le había contado Geilisa, su antigua nodriza, Egisto estaba empecinado en que no se le acercara ningún hombre, ni siquiera un esclavo, por temor a que la dejaran encinta; por eso la mantenía vigilada día y noche. El verano anterior, un rey que acababa de enviudar pidió su mano. Egisto montó en cólera, presa del pánico. Para que no volviera a suceder, decidió casarla con un campesino jorobado de Micenas, un hombre huraño y cobarde. Cuando se lo hizo saber a través de uno de sus hombres, Electra se negó rotundamente. De hecho, ni siquiera se dignó acudir a la ceremonia de enlace, pero a partir de entonces dejó de tener pretendientes, pues se la consideraba una mujer casada, aunque el campesino, amilanado por las amenazas de Egisto, jamás se atreviera a hacer valer sus derechos conyugales.

De pronto, dejó de llover y Electra, como si temiera que el peso de sus desdichas la encogiera, se puso en pie de un salto. El frío había calado en sus huesos, pero un nuevo ardor la calentaba: no podía darse por vencida, al menos hasta que no vengara la muerte de su amado padre. Se envolvió

la cabeza y los hombros con un manto de lana y salió de su alcoba a grandes zancadas. El guardián de Egisto, que permanecía sentado junto a la puerta, se sobresaltó al verla con tanto ímpetu. La dejó avanzar un trecho y luego empezó a seguirla. Electra cruzó el palacio por pasillos secundarios, dando un gran rodeo con el propósito de no encontrarse con su familia. Cuando ya le faltaba poco para llegar a una puerta trasera, oyó una voz aguda que la llamaba a voces. Era su hermana menor, Crisótemis, que aquel día parecía especialmente locuaz, queriendo saber a dónde se dirigía.

—Voy a dar un paseo por el bosque —le dijo sin detenerse—. Las lluvias adelantan los olores de la primavera, y surgen los primeros atisbos de flores de la tierra.

—Iré contigo, pues raras son las veces en que puedo disfrutar de tu compañía.

Electra hizo un esfuerzo por controlar su lengua. Si apenas se veían era por culpa de Crisótemis, a quien detestaba desde el momento en que decidió tomar partido por su madre y su nuevo marido, olvidando al malogrado Agamenón, comportándose como si nada hubiera sucedido. A Electra le enfurecía profundamente que su hermana no diera muestras de acordarse de que su padre, el rey de Micenas, llegó a su casa como el caudillo que ganó la más legendaria de las batallas, la guerra de Troya, aquella que enfrentó a hombres y dioses. Tras haber sobrevivido a diez años de cruentos combates, encontró la muerte cuando regresaba triunfal a su casa a manos de su esposa y el amante de esta, como si se tratara de un vulgar campesino. Por si esto fuera poco, Clitemnestra y Egisto lo enterraron sin ceremonias, prescindiendo de las libaciones y las ramas de mirto que dictaba la tradición,

e incluso negándole la presencia de sus hijos y sus súbditos, como merecía el jefe de los aqueos.

Pese a todo, era su hermana, y debía comportarse con ella con afabilidad, pues tras el sacrificio de Ifigenia y la huida de Orestes, su hermano menor, solo en ella encontraba la sangre de su padre. Las dos hermanas echaron a andar campo a través, dejando atrás el palacio. A medida que se alejaban, el paisaje era cada vez más hermoso. Entre los olivos centenarios se alzaban algunos almendros en flor. La tierra estaba cubierta por un tapiz de hierba fresca cuajado de lirios de agua y violetas silvestres. Electra caminaba absorta, contemplando las flores.

—¿Algo turba tu ánimo? —preguntó Crisótemis.

—Bien sabes lo que me ocurre, hermana —replicó—. Yo no rehúyo mi deber. Si tú has olvidado que Agamenón fue tu padre, mi obligación es que a nuestro hermano Orestes no le ocurra lo mismo, y por ello hace unos días volví a mandarle un mensajero, recordándole su deber.

Ante esta acusación, el orgullo de Crisótemis se sintió herido, y trató de nuevo de explicarle su decisión a su implacable hermana.

—Te equivocas. Aún sufro por la muerte atroz de nuestro padre, pero ¿de qué me serviría seguir fiel a su recuerdo ante nuestra madre y Orestes? ¿No te das cuenta de que es a causa de tus continuos reproches que no ocupas el digno lugar que te corresponde en palacio?

—¿La muerte? ¡El asesinato, querrás decir! —replicó Electra con amargura—. ¡Cada día lloro a mi padre, que escapó de Ares en tierras extrañas y fue abatido como un buey en su propia casa! ¡Nuestra obligación es vengarnos!

—Sé razonable, Electra. Lo único que podemos hacer en medio de esta tormenta es navegar con las velas recogidas, sin perder la esperanza de que algún día llegue la calma y todo vuelva a su cauce.

—Si en tu pecho sientes el mismo dolor, ¿por qué intentas hacerme desistir de la venganza? ¡Ojalá pudiera encargarme yo misma! Pero no soy más que una mujer.

En lugar de contestar, Crisótemis suspiró hondamente mientras se sentaba en un tocón que había a la vera del sendero. Su hermana mayor se acercó a ella y la miró a los ojos, interrogante. Crisótemis la tomó de la mano y dijo:

—Escúchame, Electra. Deja de llorar a nuestro padre en público y de llamar «asesinos» a nuestra madre y a Egisto —la aleccionó Crisótemis—, pues tienen intención de encerrarte en un calabozo si persistes en tu comportamiento.

Después del trato que recibía por parte de Egisto, Electra no se sorprendió por la revelación.

—Yo no soy una traidora como tú, Crisótemis. Yo no estaré en paz hasta que Orestes vengue la muerte de nuestro padre.

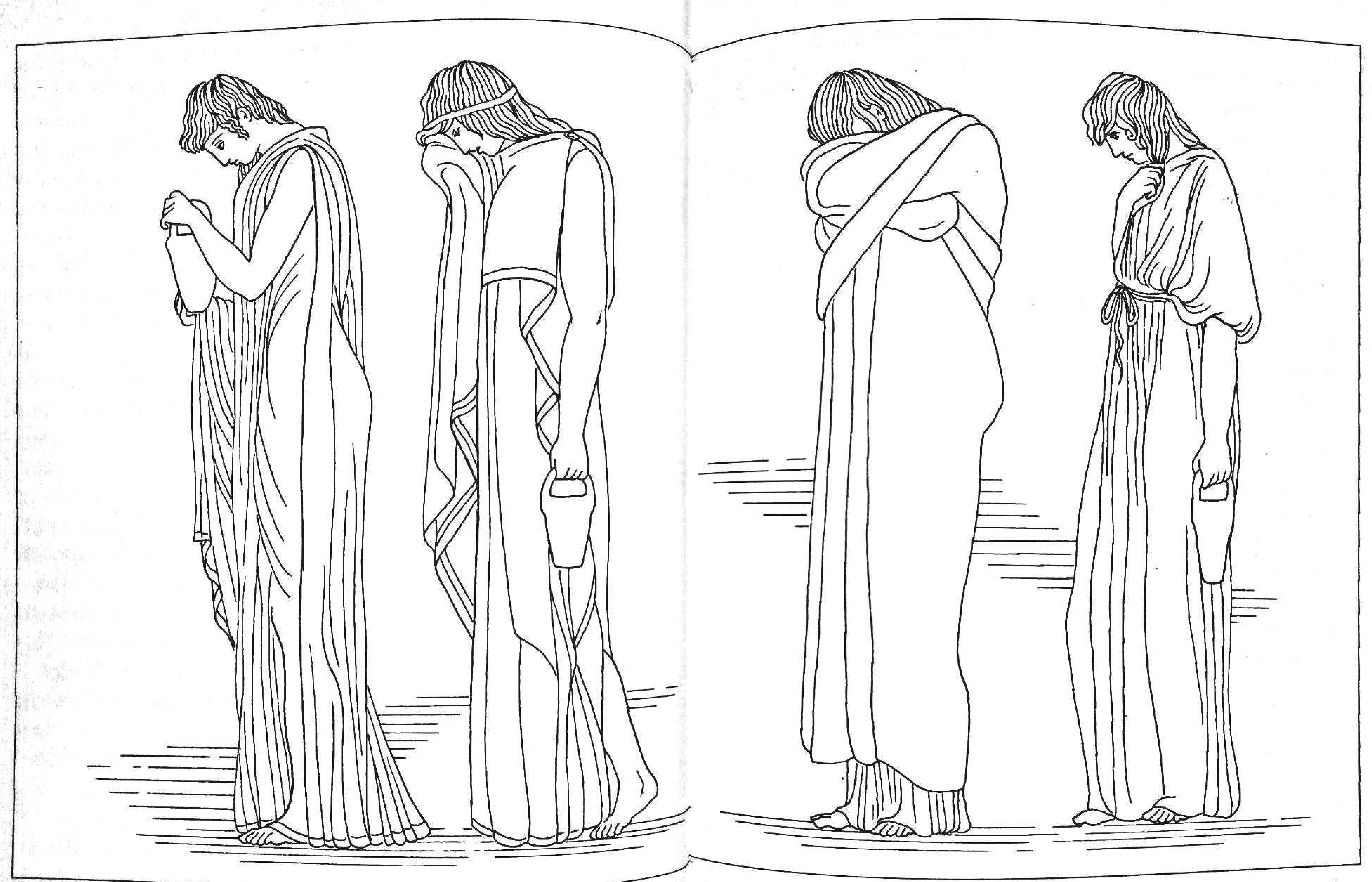
—Respeto tu coraje, hermana, pero te conviene aceptar tu suerte y olvidar el pasado. Yo he cumplido mi deber como hermana advirtiéndote, y desde ahora mi ánimo está tranquilo.

Electra le dio la espalda y apretó el paso. No quería que su hermana la viera llorar.

—¡Electra, no te marches! —la llamó Crisótemis, pero ella siguió alejándose.

∞

Mientras se adentraba en un bosque de pinos, intentando recobrar la serenidad, a pesar de que el guardián de Egisto



La desdichada Electra lloraba cada día recordando la cruenta muerte de su padre.

le pisaba los talones, Electra pensaba en Orestes. Pronto alcanzaría la edad viril y tendría derecho a regresar a Micenas como rey y señor. ¿Por qué en sus mensajes expresaba tan poca ilusión por volver a su tierra? ¿Acaso ella era demasiado insistente recordándole su deber? Orestes siempre respondía a sus requerimientos, pero sus mensajes carecían del entusiasmo que Electra ansiaba encontrar en él. Apesadumbrada, trató de no abandonarse a sus temores. Hacía muchísimos años que no veía a su hermano, y su carácter intrépido y leal podía haber cambiado tras los devastadores acontecimientos. Se dijo a sí misma que no debía perder la esperanza. ¡Estaba en manos de Orestes!

De repente, llegó a un claro del bosque. Entre los árboles se filtraban algunos rayos del sol vespertino. Se detuvo y, por unos instantes, dejó de oír los pasos del hombre que la seguía, por lo que dedujo que él también debía de haberse parado. Para tener al menos la sensación de alcanzar la soledad que buscaba, trepó a un pino inmenso hasta encaramarse a las ramas más altas. Allí, con la espalda apoyada en la corteza, Electra dejó que su mirada vagara por la inmensidad del cielo casi primaveral mientras escuchaba el arrullo de los pájaros que volaban de una copa a otra. Poco a poco se fue apaciguando, hasta que se sumió en una especie de duermevela.

Medio en sueños, recordó el espantoso día del asesinato de Agamenón, el verano de hacía casi ocho años. Su padre ni siquiera pudo reposar del agotador viaje de regreso de Troya, pues su madre y Egisto no dejaron al guerrero disfrutar de una sola noche de reposo en su cama. Electra apenas pudo saborear el reencuentro: tuvo que conformarse con

saludarlo fugazmente mientras esperaba ansiosa que, una vez hubiera retomado el gobierno de la corte que delegara en su esposa hacía entonces diez años, su padre pudiera dedicarle el tiempo que su amor filial necesitaba. Electra era consciente de la gran importancia del rey Agamenón de Micenas y, aunque estaba impaciente por sentarse en las rodillas de su padre a escuchar los relatos de los grandes héroes que lucharon y perecieron en Troya, interpretaba la espera como una muestra de serenidad por su parte que la convertía en la digna hija del vencedor de aquella guerra que duró diez años.

La noche del banquete de bienvenida, Electra se retiró a su alcoba temprano, pues como mujer no podía participar en el banquete, y pidió que le sirvieran una frugal cena en sus aposentos. Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, comió con verdadero apetito, excitada por la proverbial llegada de su padre, cuyo regreso había deseado durante tantos años. De repente, la sorprendió el griterío más terrible que nunca había oído. Al acercarse al lugar del que procedían las voces de espanto, descubrió horrorizada el cuerpo decapitado de su padre, enredado en una red de malla, así como el cadáver de la mujer que había traído de Troya y los de sus dos hijos gemelos, los hermanastros que jamás llegaría a conocer. Junto a ellos, desafiantes y enloquecidos, estaban Clitemnestra y Egisto, con las manos ensangrentadas. Electra enmudeció de dolor. Permaneció inmóvil, agachada junto a su padre, hasta que su hermano Orestes acudió a su memoria. Era cierto que apenas tenía diez años, pero si Egisto había sido capaz de cercenar la vida de los gemelos por temor a una futura represalia, tanto más temería la ira de Orestes. Debía correr en su busca antes de

que el mismo pensamiento cruzara la frente de Egisto: salvar a su hermano y vengar a su padre dependía solo de ella.

Con suma reticencia, abandonó el cadáver de Agamenón. En lugar de llorar su muerte, como hubiera deseado, echó a correr en busca de Orestes. Subió las escaleras de dos en dos hasta sus aposentos. Entró sin llamar y, a tientas, se acercó a su lecho. Palpó las sábanas desordenadas, pero no lo encontró. Presa de un oscuro presentimiento, se dispuso a recorrer todos los rincones de palacio hasta encontrarlo. Mientras descendía al salón principal, un sonido metálico de espadas chocando entre sí alteró aún más su pensamiento. Atemorizada, miró a su alrededor. En un primer instante, creyó que se trataba de la guardia de palacio, que Egisto habría enviado para acabar con la vida de su hermano. Pero a su alrededor se libraba una auténtica batalla. Momentáneamente aliviada por saber que su hermano podía seguir con vida, se fijó en las divisas de los contrincantes. Unos llevaban la armadura correspondiente a los soldados de palacio, mientras que los otros lucían las siglas de la guardia personal del comandante en jefe Agamenón, la misma que lo trajo a salvo de Troya y que no había podido evitar su muerte. Los cadáveres de uno y otro bando iban cayendo a su alrededor sin que nadie se percatase de su presencia. Mientras esquivaba lanzas y espadas, Electra reanudó la frenética búsqueda, súbitamente preocupada de encontrarlo víctima involuntaria del cruce de espadas de los dos ejércitos de Micenas. Tras dar muchas vueltas, cada vez más angustiada, mientras a su alrededor continuaba la batalla campal, lo encontró agazapado en un rincón de la cocina, oculto tras unos sacos de espelta.

Su hermano tenía el semblante demudado. En unas horas, parecía haber dejado atrás la niñez. ¿Habrá llegado a ver el cadáver de nuestro padre?, se preguntó, preocupada. El muchacho temblaba aterrorizado y, al ver a su hermana, se arrojó contra su pecho. Electra lo abrazó con todas sus fuerzas y luego, tomándolo de la mano, lo condujo hasta las despensas. Entre susurros, le rogó que la esperara allí, escondido, prometiéndole que no tardaría en regresar. Para asegurarse de que el niño estaría a salvo, cerró la puerta con llave antes de alejarse.

Electra salió de la cocina con la esperanza de que nadie la hubiera visto, y volvió a recorrer el palacio, cada vez más bullicioso, esta vez en busca del antiguo preceptor de su padre, que también era el preceptor de Orestes: ninguna otra persona podría ayudarlos. Lo encontró en el salón del banquete, protegiéndose tras el robusto trono que debía ocupar su padre de la lucha atroz que se había entablado en la estancia. Comenzó a hacerle señas, esperando que el viejo mentor reparase en ella. El anciano se encontraba algo aturdido por las circunstancias y el vino que había tomado durante el banquete, por lo que al principio no reparó en sus aspavientos. Pero en cuanto notó su presencia, sus ojos brillaron con la lucidez habitual e, ignorando el peligro que corría, se acercó hasta la hija de Agamenón tan solícito como de costumbre. Apenas Electra terminó el relato de sus temores, el anciano concordó con ella en la necesidad de alejar a Orestes del palacio cuanto antes. Acordaron reunirse en una de las puertas traseras tras recoger sus escasas pertenencias.

Electra subió corriendo a sus aposentos, tratando de no llamar la atención. Entre sus túnicas de hilo, guardaba un traje con animales salvajes bordados que ella misma había

tejido tiempo atrás. Se cubrió la cabeza y el torso con un manto. Debajo, escondió el traje y un zurrón. Acto seguido, regresó a la cocina a toda prisa. Había un par de esclavas cobijadas entre las vituallas, cerca del sitio que eligiera su hermano. Por temor a que pudieran delatarla, les dijo que su madre las reclamaba en el salón del banquete, y las sirvientas no se atrevieron a desobedecer. Cuando quedó a solas, Electra llenó el pequeño zurrón de provisiones: un pan de espelta, un puñado de avellanas, otro de nueces y unos cuantos higos secos.

Tras estos preparativos fue a la despensa, donde encontró a Orestes, encogido en un rincón.

—Querido hermano, la vida ha sido arrebatada a nuestro padre, y la tuya corre peligro. Debes huir, Orestes, alejarte cuanto puedas de palacio. Tu anciano preceptor te acompañará, nos espera a la salida de palacio. Él responderá a tus preguntas, pues ahora no hay tiempo que perder.

El niño la miraba fijamente, sin comprender muy bien el contenido de su mensaje, pero una nueva fuerza creció en él ante la solemnidad del tono de su hermana.

—Vístete con este traje de animales bordados —le ordenó Electra—. Vamos, apresúrate.

Cuando estuvo preparado, los dos salieron sigilosamente de la cocina y se encaminaron hacia la puerta convenida, donde se reunieron con el preceptor. Gracias al fragor de espadas que resonaba por todo el palacio, consiguieron escapar sin llamar la atención. Una vez fuera, envueltos por la negrura de la noche, echaron a correr hacia la puerta de la muralla. Electra no sabía cómo iban a cruzarla, pero seguía adelante, consciente de que no tenía otra opción. Al aproximarse a una de las torres, Electra suspiró aliviada por el giro que había dado su aciago destino: el vigía vestía la armadura de la guardia de su padre. Abrazando por última vez a su hermano, se despidió del preceptor, recordándole que debía llevar a Orestes a la corte del rey Estrofio, en la lejana Fócide, allí podría crecer tranquilo y ser educado como el hijo de un rey requería.

◇◇◇

Empezaba a oscurecer. Un cuervo atravesó el cielo graznando. Electra volvió en sí sobresaltada. Tenía la espalda dolorida ¿Dónde estaba? Se dio cuenta de que se había adormilado en lo alto de un árbol. Bajó tan deprisa que se hizo un desgarrón en la túnica. Debía regresar al palacio antes de que cerraran las puertas de la muralla. Cruzó el bosque corriendo, con el guardián de Egisto siguiéndola a escasos metros de distancia, y entró por la puerta de los Leones, la última en cerrarse al caer la noche.

Una vez dentro del palacio, se internó por pasillos secundarios en dirección a su alcoba. Necesitaba cambiarse la túnica, pues la rotura le dejaba al descubierto una rodilla, y quería peinarse para deshacerse de la pinaza que se le había enredado en el pelo. Una vez vestida con una de sus viejas túnicas de hilo, bajó a la cocina, pues hacía tiempo que no probaba bocado. De pie en un rincón, junto a dos esclavas que desplumaban un faisán para la cena de los reyes, Electra engulló un pedazo de pan, unas cuantas aceitunas negras y un cuenco de lentejas y col que le sirvió una criada a quien conocía desde niña. Deseosa de algo dulce, se comió un par de higos, saboreándolos con deleite.

De regreso a su cuartucho, Electra no pudo evitar la tentación enfermiza de asomarse al salón del que procedían las voces estridentes de Egisto y Clitemnestra, enzarzados en una discusión intrascendente, mezclados con los gritos alegres de Erígone —que pronto cumpliría siete años—, Aletes y Helena, los tres hijos que habían engendrado desde que Egisto se proclamara rey de Micenas. Agazapada en la oscuridad, Electra descubrió que Crisótemis estaba jugando con los niños. Se enfureció al observar la expresión risueña de su hermana. Electra apartó la mirada, resentida. No soportaba ver al asesino de su padre ataviado con sus ropajes. Experimentó la misma ira que cuando veía a Egisto sentado en el trono del palacio de los Atridas, empuñando el cetro de Agamenón. En tales ocasiones, Electra debía hacer un esfuerzo por contener la furia que se apoderaba de ella, que la hacía apretar los puños, clavándose las uñas en la carne.

Oyó unos pasos que se acercaban a buen ritmo. Los criados ya estaban sirviendo la cena a la familia real. Como cada noche, Egisto se iba a deleitar con varios platos de cordero, acompañados de un suculento estofado de verduras y diversos panes, todo regado con abundante vino. ¡Y pensar que ella tenía que arreglárselas para comer cualquier cosa en la cocina! Por suerte, de vez en cuando alguna esclava se compadecía de su suerte y le guardaba las sobras de un banquete.

Electra salió de su escondrijo y se dirigió a su alcoba, cabizbaja. Aunque su padrastro ya llevaba casi ocho años reinando, no lograba habituarse a su presencia. Pero la existencia de Electra también turbaba a Egisto. Esa misma noche había vuelto a despertarse agitado. Aunque convocaba cada noche al sueño mediante el etílico caldo, esa noche, como

todas las que la precedieron, su cuerpo exudaba el alcohol sin que sus párpados se cerraran, y las sábanas, en lugar de arroparlo, se le pegaban al cuerpo, acrecentando la angustia que sentía en el pecho. Orestes. No podía dejar de pensar en el heredero del gran Agamenón. Si el orgullo de su padre le corría por las venas junto con su sangre, no le cabía duda de que el momento en que se alzara contra él no tardaría en llegar. Por eso, el aciago día en que el hijo de Agamenón desapareció, ofreció una enorme recompensa en oro a quien lo asesinara. Al cabo de un año, dobló la suma y recientemente, sabedor de que Orestes debía de acercarse a la edad viril, había llegado a triplicarla. A pesar de ello, iban transcurriendo los años sin que ningún mercenario le trajera la cabeza que tanto ansiaba.

Cada vez que su mirada se cruzaba con la de Electra, recomenzaban sus temores. Si Orestes tuviera la determinación de su hermana, no cabía duda de que sus días en el trono estaban contados.

Electra, por su parte, ignoraba el efecto que su presencia causaba en su padrastro. De haberlo sabido, esto la llenaría de un profundo orgullo. Pero solo el hecho de que Egisto se atreviera a mirarla a los ojos renovaba su ira, y preguntándose del mismo modo que el amante de su madre sobre el momento en que Orestes vendría, abandonó el salón.

◇◇◇

En su lecho, Electra estaba más inquieta que de costumbre. Aquel verano estaba siendo más tórrido que los anteriores. Le costaba respirar, como si fuera a ahogarse. Pero su intranquilidad no se debía solo a la sofocante temperatura: aquella

noche se cumplirían ocho años exactos del asesinato de su padre. Electra no podía dejar de pensar en ello, aunque en Micenas nadie pareciera acordarse. Tanto en el palacio como entre la gente de a pie, la vida seguía su curso, ajena a aquella tragedia injusta.

Aunque tenía un nudo en el estómago, que le impedía pensar en comer, Electra se dijo que tal vez debería beber un poco de agua. Tambaleándose, se dirigió a la cocina, dando un gran rodeo, como de costumbre, para no cruzarse con nadie. De repente, por temor a desmayarse, se acercó a una pared y, poco a poco, fue agachándose, hasta quedar sentada en el suelo, con las piernas dobladas. Permaneció así mucho rato. De pronto, una voz familiar la sacó de su letargo.

—Pero ¿qué te ocurre, Electra? —le preguntó Clitemnestra—. ¿Qué buscas en la penumbra?

Ella alzó la cabeza y la miró de hito en hito, sin ocultar su desprecio.

—¿Y tú lo preguntas, que urdiendo la muerte de mi padre con alevosía teñiste de negro todos los aniversarios del sangriento regicidio? —le espetó Electra, enardecida.

—Llorar a tu padre te honra como hija, aunque con ello olvides tu deber como hermana. ¿No sacrificó tu padre hace dieciocho años a la dulce Ifigenia, degollándola como si fuera un insignificante cervatillo, solo para obtener los vientos que lo llevaran a la guerra?

—¡No hables así de mi padre! —la interrumpió Electra—. No le quedaba otra elección, ¡era el caudillo de los griegos! —remachó, poniéndose en pie para encararse a su madre.

—¡La sacrificó con sus propias manos, Electra! ¡Asesinó a tu hermana! Ni siquiera se le ocurrió negarse. Ya va siendo hora

de que entres en razón. Incluso tuvo la sangre fría de embaucarme para que acompañara a Ifigenia al puerto de Áulide con el pretexto de desposarla con Aquiles. ¿No recuerdas lo emocionada que estaba cuando partimos? Tú llorabas porque no querías separarte de ella, y tu hermana te describía el honor de ser la esposa de Aquiles, y te consoló hablándote de los magníficos regalos que recibirías cuando fueras a visitarla a su palacio y ella fuera la reina de los valientes mirmidones. Y en lugar del amor, encontró la muerte.

—¿Cómo iba él a cuestionar al adivino? —interpeló Electra, sintiendo crecer en ella sentimientos contradictorios.

Clitemnestra veía que el recuerdo de su hermana había aplacado por primera vez la ardiente llama de furia que ardía en los ojos de Electra cada vez que la miraba.

—No fue al adivino al que había que juzgar ese día, sino la gloria de un rey o el afecto de un padre. Y Agamenón prefirió el prestigio de su nombre a la vida de su propia sangre.

Entonces, Electra reaccionó. Había una diferencia entre ambas muertes.

—Mi padre sacrificó su hija a los dioses, es a la fiera Ártemis a quien debes dirigir tus cuitas. Pero Egisto y tú lacerasteis el corazón del más intrépido de los griegos para satisfacer una lujuria que os convirtió en asesinos.

Clitemnestra sacudió la cabeza, derrotada. Amaba a su hija tanto como había querido al resto de los frutos de su vientre, empezando por el hermoso bebé que Agamenón había destrozado contra el suelo. Pero era inútil referírselo a su hija. Encontraría la manera de perdonar a su padre, como siempre había hecho. Desde que se marchara a la guerra, fantaseó con el recuerdo del gran rey Agamenón, que conducía con

justicia y rectitud las huestes de toda Grecia. Poco a poco, la figura de su padre fue adquiriendo un carácter legendario en su mente, hasta asimilarse a los dioses a los ojos de su hija. Era una lástima, pensaba Clitemnestra, que Electra no hubiera podido conocer el verdadero carácter de su padre. En aquel momento, pensó que le ahorraba una honda decepción, pero ahora se daba cuenta de su error demasiado tarde.

—¿Por qué impediste que el pueblo de Micenas honrara a su rey y héroe? —continuó Electra.

—¡Es suficiente, Electra! —le gritó Clitemnestra, fuera de sí—. No podemos volver sobre nuestros pasos. Siento por ti el amor incondicional de una madre, y siempre estaré dispuesta a defenderte, aunque sea en detrimento de mi propio marido. Si no puedes comprenderlo, hija mía, y tanto te altera mi presencia, no es mi deseo imponértela. Piensa en lo que te he dicho y vuelve a mí cuando el rencor haya abandonado tu pecho.

◇◇◇

Una vez en sus aposentos, Clitemnestra se dejó caer en su lecho, sin haberse aseado ni quitado la túnica empapada por el sudor. Ojalá pudiera dormirse y olvidarse de todo. Aunque le dolía reconocerlo, le pesaban las acusaciones de su hija Electra. Agamenón no solo le había arrebatado la compañía de Ifigenia, sino el amor de Electra. El rencor de una hija era casi tan doloroso como la pérdida de otra y, pese a todos sus esfuerzos, no había podido desterrar ese sentimiento de la mente de Electra. Sus palabras hirientes la habían llenado de desasosiego. Al menos, se decía mientras trataba de que sus lágrimas no despertaran a Egisto, Orestes

seguía con vida. Temía que, una vez cometido su primer crimen, no hubiera dudado en cometer otro regicidio si Egisto hubiera reaccionado contra Orestes como lo hizo Agamenón contra el hijo de Tántalo. Se acercó a su tocador, que iluminaba la luz de la luna, y, tomando un cepillo de plata, comenzó a peinarse su larga cabellera, esperando que el gesto reiterativo la tranquilizara.

De pronto, escuchó la voz de Egisto, que, despertándose en el lecho que había venido a compartir con ella, había notado su ausencia entre las sábanas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó en susurros.

—El calor, que se ha vuelto insoportable —mintió—. No sopla la menor brizna de brisa, y eso que hace horas que ha anochecido.

Egisto se levantó de la cama y, dulcemente, la abrazó por detrás. Deslizó una mano por los senos de Clitemnestra, pero ella se la apartó bruscamente, al mismo tiempo que se alejaba de él. Era la primera vez que no se entregaba a sus requerimientos.

—Necesito descansar, querido —se excusó.

Echada de nuevo junto a Egisto, dándole la espalda, Clitemnestra respiraba hondo, tratando de dormirse mientras escudriñaba la oscuridad, recordando sin cesar la disputa con Electra.

Al final, vencida por el cansancio, se durmió. Soñó que estaba de parto, desgarrada por el dolor. En su interior se agitaba una criatura que pugnaba por abrirse paso y abandonar su cuerpo.

—¡Un último esfuerzo! Ya asoma la cabeza—la alentaba la comadrona.

Ella empujaba, pero estaba desfallecida. Llevaba demasiadas horas pugnando por dar a luz. De repente la acometió una contracción fortísima que la dejó casi inconsciente. Cuando se recobró un poco, sintió que su hijo ya estaba deslizándose fuera de ella. Se incorporó ligeramente y descubrió horrorizada que entre sus muslos asomaba la cabeza de una serpiente, que iba desenroscándose. Clitemnestra cerró los ojos y volvió a abrirlos, con la esperanza de que fuera una alucinación provocada por el dolor. Pero la serpiente seguía brotando de su cuerpo. Era larguísima. Tenía los ojos vidriosos, una lengua afilada y unas escamas de color parduzco.

La matrona estaba boquiabierta, pero no se atrevía a decirle nada a la reina. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, la partera logró apresar a la criatura en unos pañales. Sin perder un instante, se la entregó a la reina, como si fuera un hermoso niño. Clitemnestra, que era una madre experimentada, se la acercó al pecho para amamantarla, sin abrir los párpados, como si no quisiera dar crédito a sus ojos. De pronto sintió una punzada que la dejó sin aliento. Al cabo de unos instantes, de su pecho brotaron unas gotas de leche teñidas de sangre.

En plena madrugada, Clitemnestra se despertó chillando, bañada en sudor. Su grito atronador resonó por todo el palacio. Mientras los criados iban encendiendo las antorchas, Egisto la abrazó, tratando de consolarla.

—¡Acabo de tener un sueño terrible! —sollozó, desolada—. Debo contárselo a los adivinos —decidió, poniéndose en pie y agitando la campanilla para llamar a su criada—. Debo ofrecer libaciones a los dioses para agradecerles que solo fuera eso, un sueño —se dijo Clitemnestra, mientras se lavaba la cara.

Se acercó un espejito de plata al rostro. Estaba irreconocible. La arrancaron de sus pensamientos unos pasos que se aproximaban. Eran los dos adivinos de la corte, que torcían el gesto, con una expresión soñolienta.

—¡Adivinos! —los llamó Clitemnestra con voz firme, aunque se sentía perdida como pocas veces en su vida—. Acabo de tener un horrible sueño. Os ruego que esclarezcáis su significado.

Tras escuchar su relato, los adivinos se miraron aturdidos. Aún tenían los párpados semicerrados, adormecidos. El más anciano se aclaró la voz.

—Querida reina —la aduló—, te suplicamos que nos concedas un poco de tiempo para reflexionar, pues no quisiéramos errar en nuestra interpretación.

—Sea. Os espero mañana a mediodía en el salón del trono.

Clitemnestra se dio la vuelta, ocultando su inquietud. Desalentada, fue a echarse junto a Egisto, que se había ensombrecido al oír la pesadilla. Permanecieron tumbados boca arriba, con los ojos clavados en el techo y las manos entrelazadas, hasta que la luz del amanecer inundó su alcoba. No se levantaron hasta que el sol empezó a deslumbrarlos. Se vistieron despacio, cabizbajos y taciturnos, como quien espera una condena.

En el preciso instante en que el reloj de sol del palacio indicaba que era mediodía, los dos adivinos se presentaron ante la puerta del salón del trono. Con la voz trémula, el más anciano tomó la palabra:

—Los que viven bajo tierra están llenos de cólera, enfurecidos contra sus asesinos —dijo.

Solo cabía hacer libaciones y ofrendas en la tumba del muerto al que ella creyera haber injuriado, con el fin de

aplacarlo. Clitemnestra los escuchó impertérrita. ¡Maldito Agamenón! Electra tenía razón, se dijo para sus adentros. No le quedaba otra opción que cumplir con el rito.

Hizo llamar a su criada y le ordenó que se encargara de que un grupo de esclavas plañideras fuera cada mañana a la tumba de Agamenón a hacer libaciones en su nombre. Cuando su criada ya se marchaba, volvió a llamarla.

—Avisa a Electra, que se una a las plañideras. Estoy convencida de que se alegrará de que mande ofrecer plegarias por su padre —expresó Clitemnestra y, al hacerlo, su ser recobró parte de la paz perdida tras el encuentro con su hija el día anterior, pues pensaba que ese gesto no podía sino acercarlas.

4

LA ERRANCIA DE ORESTES

En el patio de armas del palacio de la Fócide, bajo la mirada orgullosa del rey Estrofio, dos adolescentes fuertes y risueños se entrenaban en el arte de la lucha. Sus cuerpos, en pleno desarrollo, ungidos en aceite y cubiertos de arena, se golpeaban el uno al otro, tratando de hacer caer al suelo a su adversario atrapándolo en un traicionero abrazo. El resto de los príncipes e insignes hijos de las principales familias del reino habían dejado su entrenamiento y se detenían en observarlos. Siempre que Pílades y Orestes, el heredero destronado del gran Agamenón, medían sus fuerzas, la corte prefería disfrutar del espectáculo. Como buenos rivales, ambos eran contradictorios y complementarios. El rubio Pílades era rápido y osado, y acosaba sin tregua a Orestes, que de momento solo se limitaba a repeler sus abrazos. El joven miceno era bastante más reflexivo, y trataba de aprovechar en su favor la precipitación del daulio. Era consciente de ser

más lento que su adversario, pero también de que sus fuerzas eran iguales, y con concienzuda concentración predecía sus movimientos, esperando poder utilizar la potencia de su adversario en su propio detrimento, ayudándose de la inercia de algún movimiento osado para volver su vigor contra él, impulsándolo al suelo. El ansiado momento había llegado. Pílades se había lanzado contra su costado, y él solo tenía que esquivarlo mientras lo tomaba por la cintura para darle la vuelta y aplastarlo contra el suelo. En ese preciso instante, mientras Pílades atacaba su cintura, Orestes vio aparecer en escena un hombre vestido a la manera micénica, que declamaba con solemnidad que traía un mensaje para él.

Al oír mencionar el nombre de su padre, una punzada de dolor atravesó su pecho. Pílades lo empujó sin esfuerzo contra la arena, inmerso ya en el movimiento. Se levantó triunfante esperando escuchar una entusiasta ovación, pero al alzar la vista y darse cuenta de que todos tenían los ojos fijos en el recién llegado, y de que Orestes no parecía hacer caso de su derrota, respondió al mensajero.

—El príncipe que buscas es el joven polvoriento que está en el suelo —dijo mientras le tendía su mano para que se levantara—. Espero que no traigas malas noticias, pues ya ha recibido muchos golpes por hoy.

Orestes, sonriendo ante el carácter jovial de su primo, al que amaba como un hermano, se dirigió hacia el mensajero y, encomendándole que hiciera caso omiso de las chanzas de Pílades, escuchó su mensaje. No preguntó quién lo enviaba, pues de sobra sabía la identidad de la remitente. En cuanto al contenido del mismo, todos en la corte lo conocían antes de que el emisario despegara los labios, pues se repetía

con monótona precisión en cada aniversario de la muerte de su padre: su hermana Electra conmemoraba el asesinato de Agamenón. De no haber sido por los mensajeros que le enviaba a menudo Electra, recordándole el atroz asesinato de su padre y su obligación de regresar algún día a Micenas para vengarlo, Orestes habría abrazado una nueva vida en la Fócide, como si aquella tragedia no fuera sino una pesadilla que se va olvidando con el paso del tiempo. Con todo, cada vez que un heraldo le traía un nuevo mensaje de su hermana, Orestes sentía una punzada de dolor, pues recordaba que su nueva vida en el palacio de Estrofio era algo provisional, condenado a terminar al cabo de unos años, cuando tuviera la edad necesaria para cumplir sus obligaciones. Sin embargo, la amistad de Pílades y el afecto paternal de los reyes de la Fócide habían mitigado el sentimiento de pérdida de Orestes, quien poco a poco fue olvidándose de su existencia anterior.

La venganza que su hermana reclamaba era un deber impuesto, fruto de un sentimiento de honor más que del recuerdo de una afrenta. Apenas si podía rememorar el joven Orestes la noche de su huida. Recordaba el revuelo en palacio, y que los ejércitos de su padre comenzaron a luchar entre sí. Aterrorizado, corrió a buscar refugio en los brazos de su madre, pero los encontró ensangrentados, y a ella con la mirada perdida, fuera de sí, gritando enajenada ante un charco de sangre en el que se anegaban varios cuerpos. Entre ellos, Orestes pudo distinguir, por sus ropas orientales, el de la bella Casandra, la esclava que su padre había traído desde aquellas lejanas tierras en que estuvo luchando, de la que se decía que era una princesa troyana, hija del mismísimo Príamo. A su lado se encontraban unos cuerpecitos minús-

culos, que parecían niños, aunque Orestes no comprendía por qué sus cadáveres se desangraban en el salón principal. El último cuerpo era el de un hombre con el torso desnudo, de cuyo pecho aún fluía la roja sangre que ampliaba el charco, manchando en su constante expansión los pies de Clitemnestra. Sin otro impulso que el de estar completamente subyugado por los acontecimientos, se acercó a contemplar el rostro que se escondía tras aquella barba rizada. Pero en ese preciso instante, sintió una mirada que lo perforaba. Aterrorizado, volvió la cabeza, esperando encontrar la espada que la cercenara y añadiera su sangre a aquel océano de muerte. En lugar de ello, encontró los ojos de Egisto, que refulgían con fanático brillo. Todavía hoy no podía explicar por qué corrió. Fue un instinto atávico el que impulsó sus piernas y lo llevó a esconderse entre las vituallas de las cocinas, donde su hermana lo encontrara y lo pusiera a salvo con su preceptor. Desde ese momento, su vida había estado marcada por la huida y el exilio. Gracias a la ayuda de su anciano maestro, pudo escapar precipitadamente del palacio de los Atridas, pues nadie mejor que él conocía los bosques y sus sendas, ni tenía mejor discernimiento a la hora de juzgar a los transeúntes que encontraban por el camino. Lo condujo por intrincados senderos a las orillas del río Tano, donde conocía a unos pastores de cuya lealtad hacia Agamenón estaba seguro, pues siendo muy jóvenes fueron arrestados por robar un par de reses que pertenecían al rey. Este, en lugar de ajusticiarlos, enseguida reparó en la astucia de los adolescentes y en las extremas condiciones de necesidad en las que habían perpetrado el robo. No le pasó inadvertido que solo se llevaron una ínfima parte del ganado que podrían haber robado,

y que a su modo habían respetado la jerarquía dejando los más regios ejemplares y tomando solo un par de animales jóvenes, los necesarios para la cría. Agamenón, conocedor del carácter de los hombres, decidió acoger a los mancebos en sus establos, y que ellos mismos vigilaran el ganado que tan sencillo les había resultado robar. Desde entonces, los pastores habían permanecidos fieles a su rey, como si de soldados de su séquito se tratase. El agradecimiento de aquellos hombres, como su preceptor había adivinado, se extendía a su heredero. Orestes permaneció escondido en sus establos, confundido entre el ganado que hasta entonces había sido de su padre y que legítimamente le correspondía, cubierto con pieles de cordero, mientras la guardia de Egisto registraba los bosques de los alrededores, e incluso escudriñaba los más inverosímiles recovecos de la cabaña de sus benefactores. Confundido entre ovejas escuchó la terrible verdad de boca de los soldados:

—¿Por qué buscas a un príncipe en una cabaña de pastores? —preguntó uno de sus amigos.

El guardia, que tras haber revisado los alrededores de arriba abajo no tenía motivos para desconfiar de él, y sentía la necesidad de contar lo ocurrido para distanciarse de las órdenes de Egisto, a quien todavía no se había acostumbrado a llamar rey, puso al corriente a aquellos hombres.

—Egisto, el nuevo rey, ha dado orden de apresarlo y darle muerte. Es el heredero de Agamenón, y por tanto el responsable de vengar su muerte. Mientras el niño siga vivo, será el legítimo heredero del trono de Micenas, y una amenaza constante para su padrastro. Por eso, cabrero, la mitad del ejército de palacio lo está buscando.

Orestes había oído suficiente. Su preceptor, como le había anunciado Electra, le había explicado lo sucedido, pero en la confusión del momento, no había creído del todo en sus palabras, seguro de que su madre enviaría a alguien a buscarlo. Pero la presencia de aquellos soldados lo empujaba a aceptar la realidad: no podría regresar a Micenas, al menos de momento.

Una vez que sus perseguidores le perdieron la pista, Orestes, acompañado por su preceptor, recorrió centenares de kilómetros por senderos pedregosos, bajo un sol de justicia, hasta el palacio del rey Estrofio, que se encontraba mucho más al norte. Recordaba con angustia el hambre que pasaron en el camino cuando las provisiones que les prepararon los pastores se acabaron, pues su preceptor temía descubrirse si se aproximaban a un mercado de una aldea vecina, por pequeña que fuera, y no se atrevía a dejarlo solo en la foresta mientras iba a buscar alimentos, pues los soldados de Egisto estaban por todas partes y Orestes era demasiado joven para saber reaccionar ante ellos. A menudo durante la noche escuchaban sus voces, y los cascos de sus caballos golpeando los caminos. La presencia de su anciano amigo lo tranquilizaba, evitando que se dejara llevar por el pánico y fueran descubiertos.

Durante aquellas semanas, en el transcurso del largo viaje de Micenas a la Fócide, Orestes fue dejando atrás la niñez. Sin darse cuenta, se le desvaneció el dichoso paraíso de la infancia, ensombrecido apenas por la ausencia de su padre y la muerte prematura de su hermana Ifigenia, que ni siquiera recordaba, pues era demasiado pequeño para que esa clase de episodios turbaran sus alegres juegos de príncipe.

Cuando llegó al palacio de la Fócide, a Orestes todo se le hacía extraño. Pese a que el rey Estrofio, un fiel aliado de la casa de los Atridas, y su esposa, que era hermana de su padre, lo acogieron con los brazos abiertos, como si fuera su hijo, se sintió más desvalido que nunca, incluso que entre los pastores que lo habían acogido cuando abandonó su hogar: de pronto se dio cuenta de que su vida anterior, esa plácida existencia de príncipe en el palacio de Micenas, había concluido para siempre, y que jamás podría recobrarla. Con un nudo en la garganta, Orestes se preguntó para sus adentros si volvería a ver a su madre, a sus hermanas o a su nodriza algún día.

Con todo, no tardó en enderezarse. Estrofio y su mujer le presentaron a su hijo Pílades. En muy poco tiempo, se volvieron inseparables: no solo compartían preceptor —que fortalecía su cuerpo por medio de la gimnasia y cultivaba su alma inculcándoles los valores de la excelencia, el honor y el coraje, además de instruirlos sobre la guerra y la política—, sino que, por voluntad propia, dormían juntos en la misma alcoba, comían juntos y jugaban juntos. De ese modo, Pílades devino el hermano que Orestes no había tenido. Pero aquella hermana que sí tenía, y que le salvara la vida en aquella funesta ocasión, se interponía en su deseo de abrazar esta nueva vida, trayéndole una realidad de afrentas y venganzas a través de sus emisarios.

◇◇◇

Con el paso de las estaciones, Orestes y Pílades se fueron espigando hasta convertirse en dos hermosos jóvenes, rebosantes de vitalidad y de entusiasmo, cuya amistad parecía en-

volverlos en una coraza indestructible. Un septiembre especialmente caluroso, ambos alcanzaron la edad viril, con una semana de diferencia. El rey Estrofio celebró una retahíla de rituales dedicados a los dioses y un gran banquete para festejar que su hijo y su hijo adoptivo habían alcanzado la edad adulta. Agasajó a los comensales con suculentos manjares, regados con abundante vino aromatizado. Tras el festín, unas bailarinas interpretaron distintas danzas. La velada se alargó hasta altas horas de la madrugada. Al día siguiente, mientras cabalgaban por el campo tras darse un chapuzón en el mar, los dos amigos no cabían en sí de gozo rememorando la espléndida fiesta. Tenían la impresión de que la vida se les abría con toda su dulzura como los higos que engullían tras arrancarlos de los árboles.

Aquella misma tarde llegó al palacio un heraldo procedente de Micenas. Cuando Orestes se enteró, se le mudó el semblante. El presentimiento de que su vida iba a dar un vuelco nubló por completo la exaltada alegría que había sentido hasta entonces, pues temía que el mensaje que el emisario le transmitiría esta vez no se limitara tan solo a recordarle los hechos.

—Traigo un mensaje de Electra de Micenas dirigido a Orestes —anunció el mensajero, mirando a los presentes con una expresión interrogante, preguntándose quién sería el destinatario.

Orestes esbozó un gesto de dolor. Los demás se retiraron. Con un nudo en la garganta, el pequeño de los Atridas se acercó al heraldo, dispuesto a escuchar las nuevas.

—El mensaje es el siguiente —dijo aclarándose la voz—: querido Orestes, pronto alcanzarás la edad viril, en la que

podrás vengar el cruel asesinato de nuestro padre. Por eso, el deber te reclama de regreso a tu hogar. No te demores, hermano, te aguardo.

Aquella noche, Orestes no logró conciliar el sueño, a pesar de que estaba exhausto por la jornada al aire libre y de que aún no se había recuperado del banquete. Mientras Pílades dormía profundamente a su lado, él se devanaba los sesos preguntándose si debía obedecer a su hermana o si podía continuar su plácida existencia en la Fócide, ajeno a su familia de sangre. Al rayar el alba, ojeroso y derrengado, fue a despertar a su amigo, pues ya no podía soportar el desasosiego que se había apoderado de él.

—¿Qué sucede, Orestes? —se inquietó Pílades al ver su expresión demudada.

Orestes lo puso al corriente de sus dilemas.

—No te angusties en vano, amigo. Creo que lo más razonable es consultar a Apolo, que te sacará de dudas. Yo te acompañaré a Delfos, así te será más leve el camino.

Como Orestes no decía palabra, Pílades insistió:

—Salgamos esta misma mañana, pues tenemos un largo camino por delante.

Provistos de un zurrón con pan, queso e higos secos, los dos amigos emprendieron el viaje a Delfos. Mientras recorrían pequeños senderos flanqueados de pinos, cipreses y olivos, en medio de un paisaje agreste, Orestes se fue serenando. Debía aceptar su destino. No podía rehuirlo. Haría lo que le dictara el oráculo. Pílades, que iba a su lado y de vez en cuando lo observaba por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que su amigo ya no parecía tan abrumado como antes. Tras un par de días de marcha, andando a paso ligero de sol

a sol, llegaron al pie del monte Parnaso, donde se alzaba el santuario, sembrado de templos.

Antes de dirigirse al templo de Apolo, tomaron un atajo que discurría a la sombra de unos picos que dominaban Delfos, hasta que encontraron uno de los arroyos que manaban de una de las laderas del Parnaso. En una poza, Orestes se quitó la túnica y las sandalias; acto seguido, se sumergió en el agua, pues debía purificarse antes de acudir al oráculo. Una vez completado el rito, los dos amigos se encaminaron al templo por un sendero flanqueado de cipreses, de laureles y de matojos.

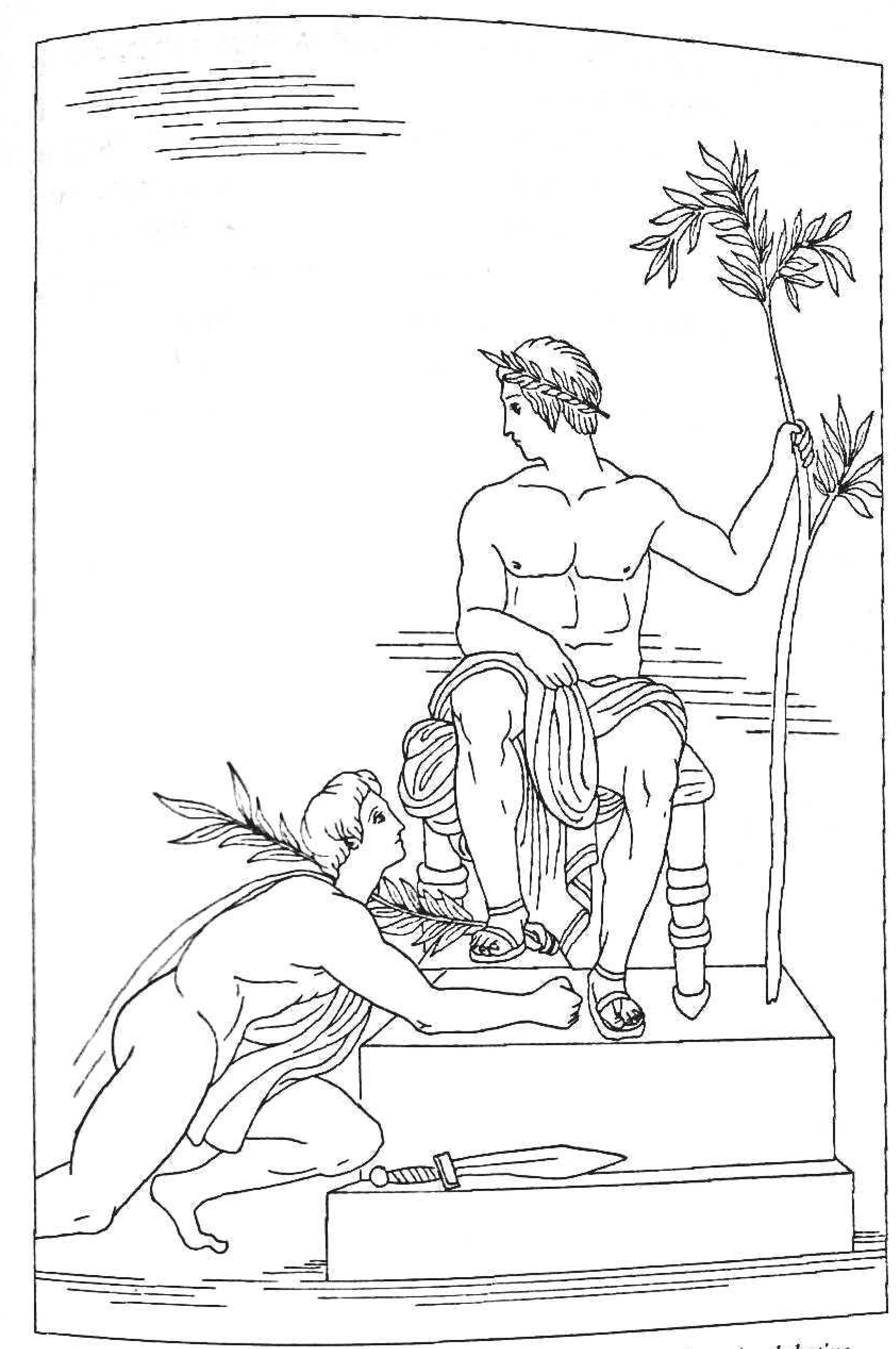
Al llegar, se detuvieron bajo el frontón, deslumbrados por el sol del atardecer. El templo era mucho más imponente de lo que se imaginaban. Sin necesidad de cruzar una palabra, dieron un par de vueltas a su alrededor. Orestes necesitaba recobrar el aliento antes de enfrentarse al oráculo. Mientras contemplaba el paisaje, admirando las pedregosas laderas de la montaña, que el sol teñía de un color rojizo, se dijo que al fin había llegado el momento de saber qué camino le deparaba el destino.

◇◇◇

Pílades contuvo el aliento al ver salir a su amigo del interior del templo.

—Apolo ha hablado, debo dar muerte a los asesinos de mi padre —anunció Orestes con una voz grave—. Es hora de responder a las súplicas de mi hermana y poner rumbo a Micenas.

—Déjame acompañarte, Orestes —le suplicó su amigo—. Dudo que puedas entrar solo en el palacio de Micenas.



Orestes acudió al oráculo para conocer el camino que le deparaba el destino.

—Tienes razón, amigo. Pero antes de ir al palacio, debo acudir a la tumba de mi padre.

A la mañana siguiente, nada más despuntar la aurora, los dos amigos volvieron a ponerse en marcha, deseosos de llegar cuanto antes a su destino. Esta vez se dirigían al reino de Micenas, dando un pequeño rodeo por Atenas, pues gran parte de los caminos convergían en la ciudad. Tardaron casi dos semanas en llegar. Dos semanas andando a paso vivo desde el amanecer hasta el ocaso, parando apenas para tomar un bocado o beber de alguna fuente. Cuando empezaba a oscurecer, buscaban algún lugareño a quien pedir cobijo. Algunas noches tuvieron que dormir al raso, en una cueva u ovillados junto al tronco de un árbol, pero, como estaban a finales del verano, no sufrieron las inclemencias del tiempo. Por fortuna, la mayoría de las noches algún campesino les dio posada.

Aunque tanto Orestes como Pílades eran príncipes de nacimiento, acostumbrados desde niños a los lujos de la corte, se alegraban de pernoctar en una cabaña y de pasar la velada con sus huéspedes. De hecho, estaban tan hambrientos de caminar que la más frugal de las cenas les parecía un festín. Pese a su condición aristocrática, los dos amigos eran muy llanos, y disfrutaban la conversación con gente humilde. Sin embargo, durante todo el viaje se guardaron de revelar su nombre, por temor a que pudiera llegar a oídos de Clitemnestra y de Egisto.

◇◇◇

Ya se vislumbraba la silueta de Micenas. Orestes enmudeció al reconocer su tierra natal, sobrecogido. Miraba a su

alrededor con una extraña avidez: todo le parecía idéntico y a la vez muy distinto a como lo recordaba. No en vano, habían transcurrido muchos años desde que abandonara su palacio de niño, y regresaba convertido en un hombre entrenado en las artes de la guerra y preparado para los desafíos del intelecto. Pílades, que caminaba tras él por un estrecho sendero, se dio cuenta del desasosiego que se había apoderado de su amigo. Con la excusa de ajustarse las sandalias, se detuvo bajo un árbol y luego propuso hacer una pausa. Entonces, sentados sobre una enorme roca, se quedaron contemplando el palacio amurallado de Micenas, que se alzaba a lo lejos. Pílades vio cómo los ojos de su compañero se anegaban en lágrimas, y sintió tristeza por su primo, que desde aquel momento no pertenecía a ninguna parte pues, aunque en la Fócide lo hubieran tratado como a su propio hermano, aún sentía Micenas como su hogar. Orestes, por su parte, se dijo que, si bien el palacio seguía siendo muy imponente, había perdido el esplendor de antaño, cuando gobernaba su padre y los Atridas eran una de las dinastías más poderosas de la Hélade.

—No desfallezcas, Orestes —lo consoló Pílades, poniéndole una mano en el hombro.

Su amigo asintió, tratando de ocultar su turbación.

—¿Sabes dónde está la tumba de tu padre?

—Creo que sí —dijo Orestes con un hilo de voz.

—Entonces, dirijamos allá nuestros pasos. Pero antes respira hondo y sosiégate, pues no todos los días regresa un príncipe a su hogar perdido.

Al cabo de un rato, Orestes se puso en pie. Ya se sentía más ligero. Abriendo la marcha, se dirigió a la tumba de su padre

por un camino lleno de maleza. Pílades se alegró de que su amigo hubiera elegido un sendero tan poco transitado: lo más sensato era tratar de pasar tan desapercibidos como pudieran.

De pronto, el sendero se ensanchó, desembocando en una pequeña explanada donde se hallaba la tumba de Agamenón. Orestes se indignó al descubrir que la sepultura del jefe de los aqueos era tan modesta. Su rencor por Clitemnestra se redobló al instante. Con todo, enseguida se recogió, deseoso de rezar por su padre, cuyo cadáver insepulto abandonó a su huida. Aunque sabía que no hubiera podido actuar de otro modo, no por ello se sentía menos culpable.

—¡Oh, Hermes! —proclamó Orestes con la voz temblorosa, invocando al patrono de la paternidad—, recuerda todo el poder que ostentaba mi padre y sé mi salvador y mi aliado, te lo suplico. Acabo de regresar del exilio para vengar su muerte —prosiguió con más aplomo—. De pie junto a esta tumba, padre, te ruego que me escuches.

Con una navaja se cortó un bucle de su espesa cabellera. Acto seguido, lo colocó sobre la tumba de Agamenón, tal y como le había ordenado el oráculo de Delfos.

—Te suplico que aceptes este rizo como ofrenda de duelo, padre, ya que no pude acompañarte tras tu muerte, ni hacerte libaciones, ni enterrar tus despojos mortales.

Orestes calló repentinamente al oír un enjambre de pasos. Se dio la vuelta y distinguió, boquiabierto, a una comitiva de mujeres acercándose. Debían de ser esclavas, pues iban sucias y desgreñadas, con las negras túnicas raídas. Supuso que eran plañideras, ya que llevaban un velo oscuro que les ocultaba el rostro, aunque se arañaban la cara y se mesaban el pelo sin cesar, prorrumpiendo en ruidosos llantos.

—¿Qué ocurre? —dijo Pílades volviéndose hacia el príncipe—. ¿Acaso ha sucedido otra desgracia? ¿O vienen a ofrecer libaciones para aplacar la ira de los muertos?

—¡Creo que esa es mi hermana Electra! —exclamó Orestes, reparando en una joven de noble porte, cuyos rasgos le recordaron a los de su hermana.

—¿Cuál?

—La mujer más joven, con la cabellera rizada, que encabeza la comitiva. La que tiene la expresión más triste... —dijo Orestes—. Rápido, Pílades, ¡escondámonos detrás de esos matorrales!

◊◊◊

Electra encabezaba la comitiva de plañideras. Aunque se alegraba de que al fin le permitieran ofrecer libaciones en la tumba de su padre, en su pecho se enfrentaban sentimientos contradictorios.

—Amigas esclavas, fieles servidoras de mi casa —les dijo dándose la vuelta cuando llegaron ante la tumba de Agamenón—, ya que me acompañáis en la ofrenda, os suplico vuestro consejo. ¿Qué debo decir mientras vierto las libaciones funerarias? ¿Cómo debo dirigir las plegarias a mi padre? La verdad es que no sé cómo rezar. Temo desobedecer a Clitemnestra, pues sé que es muy vengativa, pero no me atrevo a decirle a mi padre que le ofrezco las plegarias en nombre de mi madre, puesto que fue ella quien tramó su muerte. Sé perfectamente que la impía de Clitemnestra solo pretende alejar los males con esta ofrenda, pero que no se arrepiente en absoluto de su asesinato. Ojalá llegue el día de la venganza —dijo exaltada.

Escondido tras los matojos, Orestes apenas podía contenerse. ¡Aquella joven era su hermana Electra! Casi no lograba mantenerse en pie. Apretaba fuertemente el brazo de su compañero, que como él había comprendido la identidad de la hermosa doliente. Ambos aguzaron el oído, inmóviles, para no perderse ni una palabra.

—Mientras viertas las libaciones —respondió la esclava—, reza palabras piadosas por aquellos que le han sido fieles. Y no te olvides de tu hermano, por muy lejos que se encuentre. Recuerda a los culpables de su muerte, mientras suplicas que aparezca algún hombre que se alce contra ellos.

Orestes dio un respingo y los matorrales se movieron, pero tuvo suerte de que todos los ojos estaban fijos en Electra, que miraba a la anciana esclava con profundo agradecimiento. Mostraba una expresión sosegada, casi risueña, por vez primera en años. Se volvió hacia la tumba de su padre y cerró los ojos un instante antes de empezar a verter las libaciones.

—¡Oh, Hermes, heraldo supremo, te ruego que pidas a los dioses del Hades y a la Madre Tierra que escuchen mis súplicas! Mientras vierto agua lustral en honor a los muertos, invoco así a mi padre amado. Ten compasión de mí y de mi querido Orestes, padre. Haz que vuelva a brillar la luz en esta casa, pues la impía mujer que antaño nos pariera, y que tomó por esposo a Egisto, cómplice de tu muerte, nos ha condenado a errar como vagabundos. A mí, que lloro sin cesar tu pérdida, me trata como a una esclava. Y Orestes está en el exilio, lejos de su herencia, que ellos dilapidan. Te suplico, padre querido, que Orestes regrese pronto.

Agazapado tras los matorrales de romero, Orestes hizo ademán de ponerse en pie, pero Pílades lo agarró por el brazo.

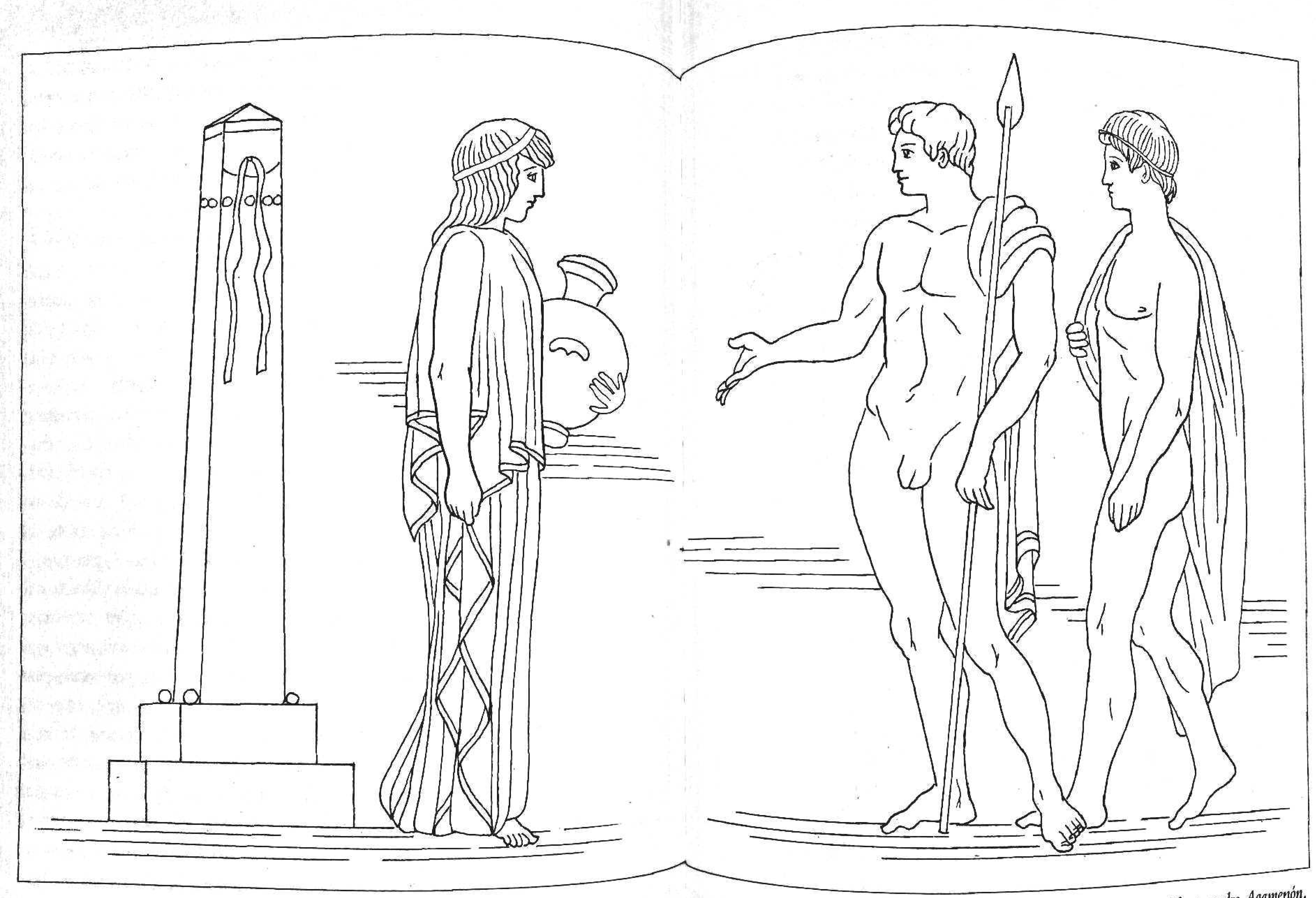
A continuación, mientras seguía derramando las ofrendas, Electra imploró a su padre que alguien vengara su muerte. Una vez formuladas todas sus súplicas, cedió la palabra a las plañideras, que entonaron un canto fúnebre al mismo tiempo que se mesaban el cabello, se arañaban las mejillas y se desgarraban la túnica.

De repente, Electra profirió un grito, pero apenas se oyó, pues las esclavas seguían llorando a voces a su señor. Acababa de descubrir un hermoso rizo castaño sobre la tumba de su padre. Se llevó una mano a la cabeza y con los dedos se peinó su frondosa cabellera rizada, del mismo color que el bucle de la tumba. Con el alma en vilo, se dijo que ese mechón solo podía pertenecer a Orestes, pues su hermana Crisótemis tenía el pelo ondulado como su madre, mientras que ella y Orestes habían heredado los rizos de su padre. Por otra parte, pensó, dando alas a la esperanza, ¿quién, aparte de su hermano, se atrevería a dejar semejante ofrenda sobre la tumba de Agamenón? A Electra se le saltaban las lágrimas.

Agachó la cabeza. Tuvo que contenerse para no volver a gritar. En la tierra arcillosa había unas huellas que parecían recientes. Se acercaban a la tumba de su padre y luego retrocedían hasta unos matorrales, acompañadas por otro par de huellas.

—¡Ay, dioses! —sollozó Electra—. Temo hacerme demasiadas ilusiones ¡Qué dolor si mis esperanzas acaban desvaneciéndose como el humo en el aire!

—Llevas rato suspirando por Orestes, Electra. ¡Pues aquí me tienes, hermana! —dijo Orestes, saliendo de entre los matorrales y yendo a su encuentro, seguido por Pílades—. ¿Es que no me reconoces? ¿Tanto he cambiado en estos años?



Orestes se reencontró con su hermana en la tumba de su difunto padre, Agamenón.

Electra se debatía entre su deseo de que todo aquello fuera cierto y la desconfianza que había aprendido a vestir desde que Egisto vigilara todos sus pasos.

—¿Por qué debería creerte sin más? ¡Demuestra que tus palabras son ciertas! —le ordenó Electra.

Orestes, con un gesto de tristeza por ver cómo se confirmaban sus temores de que su propia hermana no lo reconociera, introdujo con cuidado la mano en el zurrón.

—Te ruego que observes este vestido —dijo Orestes, sacando de su zurrón un traje bordado con animales salvajes y desplegándolo ante Electra—. ¡Tú misma lo bordaste y me obligaste a ponérmelo cuando me ayudaste a huir del palacio, la infausta noche de la muerte de nuestro padre! ¿Recuerdas?

Electra se arrojó a sus brazos, llorando de alegría. Cuando logró controlar los sollozos, por fin pudo hablar al que ahora sabía que era su hermano:

—¡Ay, Orestes querido! ¡Dulce y llorada esperanza! ¿Crees que podrás acometer la ardua empresa que te espera?

—No temas, hermana —contestó Orestes mientras la abrazaba, mesándole los cabellos—. ¡No me traicionará el poderoso Apolo, que me ordenó que vengara la muerte de nuestro padre como dicta la justicia! ¿Acaso puede mentir un oráculo?

Todas las esclavas, encabezadas por Electra, asintieron exaltadas ante la perspectiva de que Orestes castigara el crimen de Clitemnestra y Egisto.

—¡Oh, Zeus todopoderoso, escucha los lamentos y las súplicas de estas dos crías desvalidas de un águila abatida por una víbora con traidores engaños! —prosiguió Orestes,

arrodillándose junto a la tumba de Agamenón—. ¡Oh, padre amado, ojalá te hubieran derribado las lanzas licias ante las murallas de Troya! Así habrías legado tu gloria a tus hijos. ¡La sangre vertida requiere nueva sangre, aunque sea de una madre impía y cruel! —añadió mientras volvía a ponerse en pie frente a la tumba.

Electra se encontraba arrobada ante las exclamaciones de su hermano. Al ver la admiración con la que ella lo miraba, Orestes creyó rozar la gloria de los héroes. Había dejado escapar la furia que contenía desde que abandonara su hogar. Ahora comprendía que nunca había desaparecido, sino que estaba latente, dormida, esperando a que el niño dejara paso al hombre y el miedo, a la determinación. Electra no se había sentido tan viva desde aquella noche. Pero la anciana esclava les hizo comprender a ambos que era hora de que se separaran, o podrían ser descubiertos.

—Tienes razón, sabia mujer —contestó Orestes—. Electra, regresa al palacio y no digas nada de nuestro encuentro. Esclavas, no os vayáis de la lengua, pues lo lamentaríais. Pílades, hijo del rey Estrofio, que ha sido mi hermano desde que huyera y en quien puedes confiar como en mí mismo, me acompañará. Juntos nos presentaremos un poco más tarde, fingiendo que somos extranjeros llegados de la Fócide.

Antes de emprender el camino de regreso al palacio, Electra abrazó con fuerza a su hermano de nuevo ante la mirada benévola de Pílades y de las esclavas.

5

La ejecución

Orestes permaneció un rato callado, sumido en sus pensamientos, ante la tumba de Agamenón. Sentado sobre una roca, a sus espaldas, Pílades lo observaba sin decir palabra. Aunque Orestes llevaba rato cabizbajo y pensativo, parecía sereno. El joven príncipe de la Fócide rezó para que todo saliera bien. Se dijo que haría todo lo que estuviera en sus manos para ayudar a su amigo. Al cabo de un tiempo, como Orestes seguía meditabundo, Pílades se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Vamos, Orestes, ya va siendo hora de que nos encaminemos al palacio. No tardará en oscurecer —comentó oteando el cielo de principios de otoño.

Los dos amigos echaron a andar. Orestes encabezaba la marcha, pues se encontraban en su tierra natal, que conocía como la palma de su mano pese a los años en el exilio. Recorrieron un sendero pedregoso que desembocaba en

un camino más ancho que ascendía hasta la puerta de los Leones. Allí se separaron: Orestes se dirigió hacia el palacio y Pílades se marchó en dirección contraria. El joven de los Atridas cruzó la entrada principal de la muralla sin contratiempos. Una vez ante el palacio, se detuvo en seco y llamó a la puerta. Aguardó un instante, impaciente. Como nadie contestaba, volvió a llamar con más fuerza.

—Esclavo, ¿no oyes que llaman a la puerta? —gritó Orestes contrariado. Aunque hubiera decidido fingir que era un forastero que pedía hospedaje, en sus adentros le molestaba tener que rogar que le franquearan el paso a su propio palacio.

—Ya voy —rezongó una voz tras la pesada puerta.

—Anúnciame a los dueños de la casa, pues traigo noticias para ellos —exclamó cuando el sirviente estuvo ante él.

—Antes necesito saber de qué tierras procedes, extranjero —respondió el esclavo—. Órdenes de mi señor.

Orestes había preparado una identidad falsa, pero ante la insistencia del esclavo, no fue capaz de responder. Si descubría que era un impostor estaba perdido, pero si no era capaz de elaborar un origen convincente, el criado jamás le abriría la puerta. Decidió no contestar a su pregunta.

—Ya basta de perder el tiempo —se impacientó Orestes, alzando la voz—. Traigo noticias para los dueños de la casa, y debo dárselas en persona.

De pronto, las puertas del palacio se abrieron de par en par. Tras ellas se alzaba Clitemnestra, que observaba al extranjero con su expresión desafiante. Orestes sintió una fuerte conmoción al encontrarse de nuevo frente a su madre, pero trató de no traslucir la turbación que acababa de apoderarse de él. Por fortuna, Clitemnestra no parecía haberlo reconocido.

—Habla, extranjero, si es que tienes algo que decir —le espetó la reina.

—Mi señora, soy un extranjero procedente de la Fócide —empezó Orestes, recordando el diálogo que ensayara antes con Pílades—. Ayer, en un camino, me encontré con un desconocido que decía ser el rey Estrofio, quien, al enterarse de que me dirigía a Micenas, me rogó que comunicara sin falta a la reina Clitemnestra que su hijo Orestes murió hace unas semanas.

—¡Acabas de anunciar mi ruina, extranjero! —se lamentó Clitemnestra, llevándose las manos a la cara—. Ya sufrí la pérdida de un hijo y de una hija tiempo atrás. ¡Y ahora el destino me inflige la muerte prematura de otro de mis vástagos!

Orestes no osó consolarla. Como su madre no despegaba los labios, continuó interpretando su farsa:

—Señora, siento ser el portador de malas noticias, mas era mi deber transmitirlas, pues así se lo prometí a Estrofio. Ojalá hubiera traído buenas nuevas, y fuesen otras las circunstancias que me trajeran a este palacio.

—No temas, extranjero —dijo Clitemnestra—. No seré injusta por ser desdichada. Me has traído noticias de mi hijo, y te envía el rey que le dio cobijo. Te mereces un buen descanso, tras una larga jornada en camino. Esclava —dijo volviéndose hacia una mujer que permanecía en silencio tras ella—, acompaña a este viajero hasta los aposentos de los invitados, junto a sus esclavos y su cortejo, y que no le falte de nada. Agasájalo como es debido.

Orestes, tras agradecerle su hospitalidad, siguió a la esclava que se abría paso hacia el interior del palacio.

—¡Geilisa! —vociferó Clitemnestra, al descubrir en un rincón a la antigua nodriza de Orestes, que había presenciado toda la escena sin que ella se diera cuenta—, ve a llamar a Egisto. Ponlo al corriente de las noticias que ha traído el extranjero, y dile que venga enseguida, junto con su guardia.

La nodriza salió de inmediato a cumplir las órdenes de su señora, dejando a Clitemnestra sumida en una infinita agitación de sentimientos encontrados.

◇◇◇

Si Geilisa se había quedado quieta en un rincón, espiando la conversación de la reina con el forastero, no era porque tuviera por costumbre fisgonear, sino porque la expresión del suplicante le había recordado a la de su amado Orestes. Aunque el extranjero era por su complexión y su aplomo un hombre, aunque joven, su ademán se asemejaba al de la carita infantil del pequeño de los Atridas, que tantas veces había acunado y amamantado. Además, lucía una espléndida cabellera cuajada de rizos castaños idénticos a los que tenía Orestes de niño, cuando ya correteaba por todo el palacio. ¿Y si Orestes no había muerto? ¿Y si no estuviera encerrado en una urna de bronce, reducido a cenizas, sino en el palacio de su padre?

La nodriza apretó el paso. A lo lejos ya se distinguía la ciudad. Debía encontrar a Egisto —a quien se negaba a considerar el rey— cuanto antes. ¡Qué desdichado linaje el de los Atridas!, pensó Geilisa.

Aunque ya era una mujer de edad avanzada, Geilisa recorría a paso ligero el camino que llevaba a la parte de la ciudad donde se alzaban los templos. Debía darse prisa.

Junto a uno de los templos, un grupo de hombres charlaba animadamente, punteando la conversación de ruidosas risas. La nodriza se acercó con la esperanza de que Egisto se hallara entre ellos, y pronto la visión de sus regias ropas le confirmó su buena suerte. Con un gesto temeroso, le indicó que deseaba decirle algo en privado. El rey, que ignoraba conscientemente a la esclava, no hizo caso durante un tiempo de sus requerimientos, hasta que al fin se dignó prestarle atención.

—Rey Egisto —saludó Geilisa, solemne—, la reina Clitemnestra me ha pedido que te haga saber las noticias que acaba de traer un extranjero, que se encuentra en el palacio como huésped.

Y, acto seguido, le contó lo sucedido poco antes. Evitó hacerle partícipe de sus sospechas. Si el extranjero resultaba ser Orestes, prefería que Egisto fuera a su encuentro sin su guardia personal. Egisto no logró contener un gesto de felicidad que petrificó el corazón de la nodriza, mientras decía lamentar la muerte de Orestes.

—Regocíjate, rey, pues ahora puedes saludar en persona al heraldo que os ha traído la noticia —se atrevió a decir Geilisa, sonriendo a Egisto.

Este le devolvió la sonrisa. Apenas si podía creer la buena noticia. Para cerciorarse de su veracidad, debía sonsacar al extranjero. Dando la espalda a la mensajera, montó en su caballo y emprendió galopando el camino hacia el palacio.

◇◇◇

Ya casi era de noche. Poco a poco, todo se iba sumiendo en la penumbra. Un joven subía a grandes zancadas por la árida

cuesta que llevaba a la puerta de los Leones. Cuando al fin se encontró frente a la entrada del palacio, casi sin aliento, dejó un momento en el suelo la enorme urna de bronce que acarreaba con el fin de llamar a la puerta.

—¿Quién es? ¿Otro extranjero que pide hospedaje? —lo interrogó el esclavo que vigilaba.

Pílades ignoró el tono arrogante del vigía.

—El rey Estrofio me envía a devolver a este palacio algo que le pertenece —anunció Pílades—. Te ruego que me anuncies ante tu rey.

Las infranqueables puertas de palacio se abrieron de par en par. El esclavo indicó a Pílades con un gesto que aguardara allí, mientras otro iba a buscar a los señores. Al cabo de un rato, una imponente mujer de mediana edad, vestida con una elegante túnica de hilo y un grueso brazalete de oro, le salió al paso. Clitemnestra se acercó a Pílades, extrañada por recibir esa inesperada visita.

—¿Qué traes, extranjero? —inquirió con ademán autoritario.

—Tengo órdenes del rey Estrofio de acudir a los reyes de Micenas —se excusó Pílades—. Esta urna contiene las cenizas del hijo de la reina. El rey Estrofio me ha ordenado que se la entregue para que puedan enterrarlo como es debido —mintió Pílades.

Clitemnestra no pudo contener una mueca de dolor al tomar la urna que el daulio le presentaba.

—Dime, mensajero, ¿cómo murió mi queridísimo hijo Orestes? —sollozó.

—Lo ignoro, señora. Yo solo traigo la urna con las cenizas por orden del rey.



Pílades entregó la urna que contenía las falsas cenizas de Orestes a Clitemnestra.

En aquel preciso instante, oyeron un caballo al galope. Transcurridos unos instantes, un hombre con ademán autoritario se acercó a ellos a grandes zancadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Egisto, dirigiéndose a su esposa.

—Este forastero trae una urna con las cenizas de Orestes —gimió.

Egisto, dejándose transportar por la felicidad que despertaban en él tan buenas noticias, acogió al portador de las cenizas de Orestes con un entusiasmo inusitado.

—Extranjero —le dijo—, habrás recorrido un largo camino y debes de estar fatigado. Puesto que has traído a Orestes de vuelta a su tierra natal, te mereces la hospitalidad de su casa.

Cuando el falso mensajero se hubo marchado a los suntuosos aposentos en los que Egisto había dado orden de alojarlo, el rostro del rey pudo al fin relajarse, y sus ojos brillaban dichosos mientras daba la orden tanto tiempo esperada:

—¡Esclava! —dijo—, ocúpate de las cenizas de Orestes.

Una vez que los reyes se hubieron quedado solos, Egisto se volvió hacia su esposa.

—Así que es verdad —le susurró Egisto a Clitemnestra, besándola con suavidad en la mejilla.

—Eso parece, querido —dijo ella, fingiendo una sonrisa victoriosa. El destino había decidido la elección entre su marido y su hijo por ella, y de nada valía ahora lamentarse ante Egisto. Entrelazando su mano con la de su esposo, regresaron lentamente al palacio.

◇◇◇

Mientras Clitemnestra se daba un baño buscando la soledad para quedarse con sus pensamientos, Egisto se retiró a sus

aposentos. Se encontraba rejuvenecido. Sentía una serenidad extraña, una inmensa paz. Ninguna sombra se cernía ya sobre su vida y su reinado, ya nada turbaría su sueño. Al fin podría vivir sin inquietud, sin necesidad de embriagarse cada noche. Tal vez, con el paso del tiempo, hasta prescindiera de su cuerpo de guardia, que lo seguía como una sombra día y noche. Quizá el próximo verano él y Clitemnestra podrían ir a bañarse al mar desnudos, como antaño, fantaseó.

Se quitó la túnica y, tras ordenar que le trajeran una vasija con agua, se enjuagó el rostro. Le apetecía arreglarse un poco para la cena. Aunque en el palacio estarían de duelo, él sentía una alegría íntima que no quería echar a perder. Se puso una de sus túnicas favoritas. Tras ungirse los cabellos con aceite perfumado, agitó la campanilla para llamar a su sirviente.

—Tráeme la corona que llevaba Agamenón —le ordenó.

En un abrir y cerrar de ojos, las diestras manos de su esclava le ajustaron la majestuosa joya de oro con piedras incrustadas que, obligándole a erguir la cabeza para soportar su peso, confería majestuosidad a su porte.

—Puedes retirarte —le dijo Egisto, que deseaba contemplarse sin que nadie lo disturbara.

Solo ahora se sentía plenamente rey, pues ningún peligro en el horizonte amenazaba su trono. Egisto se dejó llevar durante largo tiempo por tan dulces pensamientos, ajeno a los pasos de Orestes y Pílades, que entretanto recorrían el palacio buscándose el uno al otro. Aunque estaban impacientes por llevar a cabo su cometido, no podían correr ni llamarse a voces, pues hubieran despertado la suspicacia de sus huéspedes. Tras dar muchas vueltas, Pílades reconoció a su amigo por sus andares, de espaldas, en el otro extremo del

salón al que acaba de entrar. Tuvo que contenerse para no gritar su nombre. Apretó el paso y le dio alcance enseguida. Orestes lo saludó con una franca sonrisa. De momento, todo seguía las directrices que habían dispuesto.

—Esclavo —le dijo Pílades a un sirviente que cruzaba la sala—, condúcenos ante tu señor. Quisiéramos expresarle nuestro agradecimiento por su acogida.

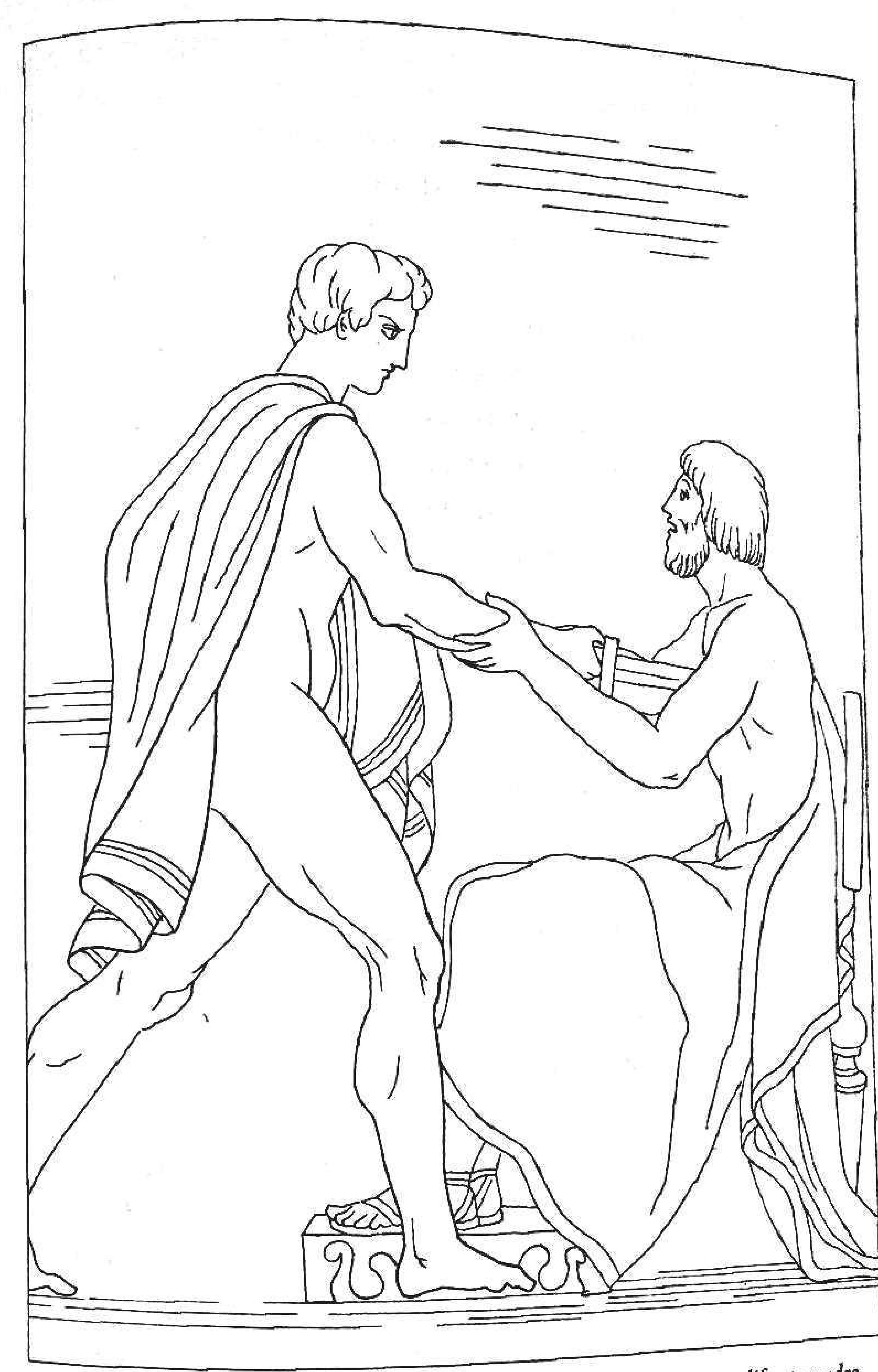
El criado les rogó que lo siguieran por corredores y estancias, hasta desembocar en un amplio salón Orestes sintió una punzada de dolor al observar el lugar destinado al rey, donde recordaba a su padre sentado con ademán grave en los dichosos tiempos de su infancia.

—Esperad aquí, extranjeros —les indicó el esclavo.

Orestes y Pílades asintieron. Aguardaron a que abandonara la estancia y, a continuación, lo siguieron sigilosamente. El hombre se dirigió a los aposentos del rey.

El pequeño de los Atridas palpó la daga que llevaba escondida bajo la túnica. No podía errar el golpe. Invocó a Apolo para sus adentros y se escabulló en la alcoba del rey, que conocía como la palma de su mano, pese a que no la hubiera pisado desde niño. A través de una puerta entreabierta, vislumbró a Egisto, que se contemplaba vanidoso ante un espejo de plata bruñida. Echó a correr, tratando de no hacer ruido, y una vez que se halló a la distancia suficiente, empuñó la daga y la hundió con determinación en el pecho del monarca. Egisto, petrificado al observar el fantasma de Orestes acercándose en el reflejo, no pudo reaccionar, sobrecogido por el terror.

Un grito desgarrador retumbó por los corredores y las estancias de todo el palacio.



Orestes hundió su daga en el pecho de Egisto para vengar a su difunto padre.

En su lecho, Clitemnestra abrió los ojos con inquietud. Se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la alcoba de Egisto, de donde parecía proceder el alarido.

—¿Qué ocurre? —gritó, presa de un oscuro presentimiento—. Egisto, ¿dónde estás?

En ese momento, Clitemnestra oyó una gran algarabía en palacio, y supo que algo terrible había ocurrido.

—¡Socorro! ¡Acaban de apuñalar a mi señor! —gritó uno de los esclavos de Egisto, saliendo de sus aposentos.

Con un gesto autoritario, Clitemnestra lo detuvo, ordenándole que aclarase para ella los acontecimientos.

—¡Tres veces le ha clavado la espada el extranjero! Yace muerto en sus aposentos.

De pronto, otro esclavo abrió la puerta de sus habitaciones y Clitemnestra descubrió horrorizada el cadáver de Egisto, ensangrentado, con un rictus de dolor congelado en el rostro y los ojos abiertos, con una expresión de espanto.

—¡Oh, dioses! ¿No hice cuanto me indicaron los adivinos para limpiar la afrenta inflingida a Agamenón? ¿No cesarán los hados de arrebatarme a todos aquellos que me son queridos? —sollozó Clitemnestra con lágrimas de ira—. Egisto, amado —susurró, agachándose junto al cadáver de su marido y cerrándole los párpados con delicadeza—, ¿quién es el culpable de nuestra desdicha?

En ese momento, reparó en una figura masculina que se alzaba frente a ella. Las lágrimas lo habían ocultado hasta entonces, pero ahora reconocía la fisonomía del extranjero que le había traído la noticia de la muerte de su hijo.

—Puesto que de verdad lo amas, madre traidora, entonces yacerás con él en la misma tumba —remachó, lleno de rencor—, pues fuiste tú la que decidiste entregarte a él en lugar de esperar a que regresara mi padre.

—Orestes, ¿eres tú? —le preguntó Clitemnestra sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. Entonces, al reconocer a su hijo, tuvo el impulso de estrecharlo en sus brazos, hasta que su mente comprendió su amenaza.

—Es muy sencillo echarle las culpas al guerrero estando en casa —replicó Orestes—. Ahora, prepárate para morir.

—Ten compasión de mí, hijo mío —le suplicó, arrodillándose a sus pies—. No ofendas a los dioses y te maldigas a ti mismo dando muerte a la mujer cuyas entrañas te dieron la vida. No fue un asesinato sin razón, Orestes, cumplí mi deber de vengar la muerte de tu hermana Ifigenia, a quien Agamenón sacrificó con sus propias manos. Te suplico clemencia, hijo mío.

Orestes, conmovido, se volvió hacia su amigo

—¡Pílades, ayúdame! ¡Me flaquea la mano! —dijo Orestes, con la voz temblorosa.

Clitemnestra, testigo de las dudas de su hijo, comprendió que su única salvación era recordarle el afecto que le había profesado desde su nacimiento, y el deber filial que ello conllevaba.

—¿Osarías hundir tu daga en el pecho que te amamantó?

Orestes, desalentado, bajó la mano que esgrimía amenazante la daga manchada por la sangre de Egisto. Clitemnestra, sonriendo con dulzura, abrió los brazos a su hijo, mostrándole su perdón. En ese momento, Pílades reaccionó.

—¡Acuérdate de las palabras del oráculo de Delfos y las terribles amenazas de Apolo, Orestes! ¡Y acuérdate también de tus promesas en la tumba de tu padre!

—¡Alabados sean tus sabios consejos, Pílades! —exclamó Orestes, enderezándose con la espada en alto.

Clitemnestra comprendió que sus ruegos no podían vencer la determinación de su hijo, a quien los dioses habían enviado contra ella.

—¡Hijo mío! Te suplico clemencia en vano. ¡Estás decidido a darme muerte!

—La muerte de mi padre es la causa de la tuya, al igual que tu propia muerte será la causa de mi desdicha —replicó Orestes, quien bien sabía que debería pagar por el matricidio al que Apolo le abocaba.

Acto seguido, Orestes alzó la espada y asestó un golpe mortal a Clitemnestra, que se desplomó junto a Egisto. Pílades se acercó a su amigo, que contemplaba los dos cadáveres, que yacían de lado, junto a la cabeza de la reina, que había caído un poco más lejos.

Uno de los criados que había huido despavorido tras el crimen, encontrándose en su camino con Electra, la había puesto al corriente del trágico destino de su madre, instándola a que escapase. Ante el estupor del esclavo, Electra sonrió y subió ligera y alegre las escaleras que para él conducían a la muerte.

—¡Victoria, Orestes! —gritó Electra, corriendo a su encuentro—. ¡Se ha hecho justicia, hermano! ¡Por fin nuestro padre podrá descansar, pues el crimen que se cometió contra él ha sido vengado! —proclamó, henchida de alegría.

—¡Qué triste hazaña! —susurró Orestes, abatido.

Electra, extrañada ante el grave semblante de Orestes, no comprendía la tribulación de su hermano. Creyendo que su turbación se debía a la rapidez con la que se habían desarrollado los hechos, procuró animarlo.

—¡Alégrate! —le dijo Electra—, aquí yacen los asesinos de nuestro padre, los tiranos y los saqueadores del reino de Micenas, que esta mañana aún se erguían orgullosos en el trono —proclamó, exultante.

Orestes la miraba impresionado. Su hermana estaba tan eufórica por la muerte de su madre como apesadumbrada por el asesinato de su padre. Y, sin embargo, Orestes sabía que su madre la amaba, que los había amado a ambos. ¿Cómo podía sentirse feliz de ser la fatídica causa de su exterminio?

—El nombre de Egisto no merece volver a mencionarse. Ya ha recibido el castigo que las leyes dictan —sentenció Orestes—. Pero ¿cómo debemos recordar a nuestra infiel madre, que amando a sus hijos urdió una muerte atroz para nuestro padre? ¡Oh, dioses! ¡Ojalá yo nunca tenga una mujer tan perversa como ella! ¡Antes prefiero morir sin hijos!

Guardó silencio unos instantes y luego se volvió hacia los presentes, sintiendo el deber de justificar ante todos la sangre que acababa de derramar.

—Mientras aún soy dueño de mis actos —anunció, aclarándose la voz—, pues siento que el horror empieza a apoderarse de mí y se me turba la razón, quisiera deciros que, si asesiné a mi madre, fue solo siguiendo las órdenes de los eternos.

Electra apenas podía creer las palabras de su hermano. ¡Orestes se arrepentía de haber vengado a su padre! Sin embargo, no se atrevió a interrumpir su discurso para convencerlo de que su crimen había obedecido a nobles razones.

—Acabas de liberar a esta tierra de una serpiente venenosa de dos cabezas —le dijo su hermana cuando hubo acabado—. ¡Al fin regresará la paz y la luz a este reino! ¡Y tú serás coronado rey!

Orestes no escuchaba. Debía volver enseguida al templo de Apolo, como le ordenó el oráculo, para escapar de aquella sangre, que también era la suya. De repente, el semblante del vengador de Agamenón se volvió pálido, y sus ojos miraban sin ver, como los de un cadáver.

—¿Qué ocurre? —preguntaron Electra y Pílades al unísono, sin comprender el repentino pavor de Orestes.

Orestes, por toda respuesta, levantó su brazo, indicando las puertas del palacio.

—Mirad, allí, ¡ya se acercan con sus túnicas negruzcas! ¡Mirad cómo me señalan con el dedo! —vociferó, mientras un escalofrío le recorría el espinazo.

Desafiante, desde el umbral lo acechaba lo que parecía ser un grupo de oscuras figuras femeninas, en cuya enmarañada cabellera se agitaban serpientes sibilantes, retorciéndose sin cesar, con los ojos vidriosos y la lengua afilada, emitiendo un siseo horrísono. Vestían unas largas túnicas, de las que sobresalían unas inmensas alas, como las de un murciélago. De los ojos les brotaban lágrimas ensangrentadas. Llevaban una antorcha encendida en una mano y un látigo en la otra, que blandían sin apartar la mirada de Orestes. Su expresión vengativa delataba sus intenciones: aquellas fuerzas primitivas, anteriores a los dioses del Olimpo, se encargaban de castigar a quien cometiera crímenes de sangre, acosándolo sin tregua y nublando su juicio, sin atender a las razones que habían desencadenado la muerte.

—¿Dónde? —preguntó Pílades, angustiado, que sabía que no podía verlas, pues las erinias solo se mostraban a aquel que había derramado la sangre—. Acuérdate del arco de asta que te dieron en el oráculo de Delfos para defenderte

de ellas —dijo mientras sacaba apresurado del hatillo de su amigo el arma del dios y la depositaba en su mano.

Orestes, recuperando la sangre fría, tensó la cuerda, que vibró indómita entre sus dedos. Tomando la flecha que su amigo le ofrecía, desconcertado por no poder serle de más ayuda, disparó hacia la puerta que para el resto de los presentes estaba vacía. Por tres veces repitió sus disparos y, aunque sus flechas no alcanzaron a las aladas serpientes, fueron suficientes para que se dispersaran.

—Vayamos a Delfos. Pongámonos en camino ahora mismo. Yo te acompañaré. Debes acudir al templo de Apolo en busca de protección, pues no tardarán en volver.

Pílades no se equivocaba. En ese momento, las erinias regresaron y se detuvieron un segundo ante Electra, que, al no poder verlas, era ajena al riesgo que corría. Las vengadoras la dejaron a un lado y, restallando sus látigos, se abalanzaron sobre Orestes, rasgando sus tímpanos con el siseo de sus lenguas viperinas.

Al ver el rostro petrificado de su amigo, Pílades no tuvo dudas de que las horribles víboras habían regresado. Sacudió el brazo de su amigo, que volvió en sí al sentir su contacto. Orestes tomó la mano de su hermana Electra para que lo siguiera, tensó nuevamente la cuerda de su arco y, corriendo hacia el templo de Apolo, supo que el amargo arrepentimiento que ahora moraba en su corazón no haría más que crecer con cada disparo.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Un héroe que regresa al hogar después de haber conquistado Troya, una pérfida esposa que trama su asesinato con su amante y unos hijos puestos ante la disyuntiva de vengar un crimen cometiendo uno aún mayor, estos son los ingredientes de la venganza de Electra, una de las historias más dramáticas de toda la mitología griega.

La mitología clásica está llena de historias que parecen extraídas de una pavorosa galería de los horrores. Parricidios, infanticidios, fratricidios, asesinatos, incestos o violaciones abundan en ellas. Un ejemplo es el mito relacionado con el tebano Edipo, asesino de su padre, esposo de su madre y maldecidor de sus hijos, que acabarán dándose muerte el uno al otro. Pero este personaje en el fondo no es sino una víctima del destino, pues cuando da muerte a Laertes ignora que es su progenitor, lo mismo que cuando contrae nupcias con Yocasta desconoce que él mismo es fruto de su vientre.

La ignorancia no sirve de excusa en el caso de los protagonistas de otro ciclo mítico, el de los Atridas o hijos de Atreo, «una casa que odian los dioses, testigo de innúmeros crímenes en los que se asesinan parientes, se cortan cabezas, una casa que es matadero de hombres y un solar empapado de sangre», como bien supo expresar el trágico Esquilo (525-456 a.C.) en su *Agamenón*. El origen de esa maldición marca ya el nivel de inhumanidad en que se mueve

el mito: Atreo, rey de Micenas, para castigar las relaciones adúlteras que su hermano Tiestes mantiene con su esposa Aérope, decide asesinar a los hijos de aquel y servírselos estofados en el curso de un banquete. Cuando Tiestes descubre lo que ha ingerido, vomita horrorizado y maldice a Atreo y a sus descendientes. Él mismo, sin embargo, no está tampoco exento de culpa al forzar a su propia hija Pelopia para que le dé el hijo, Egisto, que será su vengador.

La maldición de Tiestes se hace realidad en la generación siguiente: Agamenón sacrifica a su hija Ifigenia para morir más tarde bajo el hacha de su esposa Clitemnestra y de su amante Egisto, asesinato que será vengado también con sangre por los hijos del difunto y de la adúltera parricida, Electra y Orestes. Se comete así el mayor crimen de todos, el más inimaginable y sacrílego: el matricidio.

UN MITO ANTIQUÍSIMO

Para algunos estudiosos, este asesinato de la madre es un eco del choque entre la estructura social de tipo matriarcal de los habitantes originarios de lo que hoy se conoce como Grecia y la patriarcal de los recién llegados de habla griega. Para los primeros, entre quienes el poder real se transmitía a través de la madre, el asesinato de esta era un crimen inconcebible; para los segundos, en cambio, simbolizaría el inicio de una era nueva dominada por la figura del padre, a cuyo lado se situaría no solo el hijo, sino también, y a partir de ese momento, la hija.

De ser así, se trataría de un mito muy antiguo, si bien la forma en que hoy lo conocemos es mucho más moderna y permite también otras lecturas. Como la de la justicia o, mejor dicho, la venganza,

cuya práctica genera una imparable escalada de violencia, una vez que el castigo de cada injusticia genera otra injusticia nueva hasta desembocar, en este caso, en el matricidio cometido por unos hijos que se debaten entre el deber de vengar al padre y el de respetar a la madre, aunque sea culpable... De este modo, el mito puede verse como la expresión de la necesidad de abjurar de esa bárbara ley del Talión que no soluciona nada y adoptar en su lugar la ley de los dioses, que comporta el castigo, pero también la purificación y la compasión. Solo así será posible una sociedad ordenada y justa, más humana y habitable.

Otro tema presente es el de la piedad filial que representa Electra, si bien de una forma diametralmente diferente a la de otra heroína mítica, Antígona. Si el amor de esta la lleva a acompañar a su padre Edipo al exilio y a sacrificarse para dar sepultura a su hermano Polinices (en lo que no es sino una nueva muestra del conflicto entre la ley de los hombres, que exige el castigo al traidor a la patria, y la de los dioses, que proclama el respeto a los difuntos), el de Electra deriva en una obsesión patológica. No es extraño que en 1912 el psicoanalista suizo Carl Gustav Jung (1875-1961) bautizara la atracción afectiva de la niña por el padre precisamente como «complejo de Electra».

TRES TRÁGICOS PARA UNA HEROÍNA

La muerte de Agamenón es ya evocada en la *Odisea* de Homero (siglo VIII a.C.), donde la propia sombra del rey informa a Ulises de su triste final: «Fue Egisto el que urdió consumar mi ruina de acuerdo con mi pérfida esposa. Invitado a su casa, en la mesa me mató como matan a un buey de cara al pesebre con la muerte más triste».

Micenas, la rica en oro

Aunque algunas obras, como la *Orestíada* de Esquilo, sitúan el asesinato de Agamenón en Argos, la versión más extendida presenta como escenario Micenas. Tan importante llegó a ser esta ciudad que ha dado nombre a una civilización, la micénica, que floreció entre el 1600 y el 1100 a.C. y se corresponde con la edad heroica cantada en las epopeyas homéricas. El mismo Homero la llamaba «la rica en oro», haciéndose eco de su proverbial riqueza. Y lo era, como pudo atestiguar a partir de 1874 el alemán Heinrich Schliemann, un hombre de negocios fascinado por los héroes de la *Ilíada* y convencido de la veracidad histórica de lo narrado en ella. Además de Homero, lo que le condujo hasta este lugar del Peloponeso fue un fragmento de la *Descripción de Grecia* del geógrafo Pausanias (siglo II d.C.): «Clitemnestra y Egisto recibieron sepultura un poco más lejos de la muralla; fueron considerados indignos de ser enterrados dentro, donde yacía el propio Agamenón y los asesinados con él». Con esta guía, Schliemann no tardó mucho en encontrar, muy cerca de la famosa puerta de los Leones, una serie de tumbas intactas que presentaban ajuares de extraordinario valor. De inmediato lo tuvo claro: había descubierto los restos de Agamenón y sus hombres. Más aún, uno de los cuerpos, con el rostro cubierto por una máscara de oro que representa a un hombre maduro, correspondía al propio rey. Análisis más recientes demuestran que se equivocaba, pues datan estos hallazgos hacia la segunda mitad del siglo XVI a.C., esto es unos trescientos años antes de la guerra de Troya.

Un fragmento de un *Catálogo de mujeres* atribuido al poeta Hesíodo (siglo VIII a.C.) va más allá y habla del matricidio: «Clitemnestra de sombría mirada, domeñada por Agamenón, dio a luz en palacio al divino Orestes, que, como es fama, ya mozo, se vengó del asesino de su padre y mató a su altiva madre con el bronce cruel».

¿Y Electra? Aunque Hesíodo la menciona en esa obra, es básicamente una creación de los trágicos griegos, pues por un raro azar en la transmisión textual se han conservado las obras que le dedicaron el ya mencionado Esquilo, Sófocles (496-406 a.C.) y Eurípides (484-406 a.C.). El primero, además, trató la muerte del padre en su *Agamenón* y los hechos posteriores al matricidio en *Las euménides*, títulos que, con *Las coéforas*, conforman una trilogía, la *Orestíada*. De las tres partes, la primera es la más impresionante desde el punto de vista dramático, sobre todo gracias a una Clitemnestra de criminal grandeza, capaz de engañar a todos con su devoción hacia el marido para luego asesinarlo y referir su crimen con cierta delectación: «Dos veces lo herí, y con dos gemidos dobló sus rodillas. Una vez caído, le di el tercer golpe, como ofrenda de gracias al Zeus subterráneo salvador de los muertos».

El matricidio es tratado en *Las coéforas* de Esquilo y las respectivas *Electra* de Sófocles y Eurípides, tres obras que presentan muchas divergencias en detalles como el reconocimiento de los hermanos, pero sin que ello afecte a la esencia: el castigo de los asesinos. En la primera, Electra no es tanto la vengadora como la guardiana de la memoria del padre, correspondiendo la iniciativa en la venganza a un Orestes que obra con la seguridad de quien cree obedecer un designio divino. En la *Electra* de Sófocles, en cambio, la protagonista alcanza ya auténtica estatura trágica: es una joven a la que el odio mantiene viva, aunque sea a costa de acercarla a la locura. «¡Dale, si tienes fuerza, otra!», reclama a su hermano tras asestar este una pri-

mera puñalada a su madre. En contraste, Orestes es una máquina de matar incapaz de albergar dudas internas: simplemente ejecuta, como se aprecia en numerosas cerámicas pintadas de la época. Es el caso, por ejemplo, de un ánfora de figuras rojas del siglo IV a.C. en la que no hay atisbo alguno de piedad en el hijo.



En esta ánfora de figuras rojas de mediados del siglo IV a.C. y procedente de Posidonia (Getty Villa, Pacific Palisades) se ve a Clitemnestra mostrando a su hijo el pecho que le dio la vida en un inútil intento de obtener su perdón. Ciego a todo, Orestes empuña una daga mientras retiene a su madre cogiéndola por el cabello y se dispone a degollarla para vengar así la muerte de Agamenón. Tras la mujer aparece ya una de las erinias que perseguirá al parricida.

En cuanto a Clitemnestra, muestra ciertos atisbos de humanidad que aún cobran mayor relieve en Eurípides con la expresión de remordimientos, los mismos que asaltarán a ambos hermanos cuando consumen la venganza. El retrato de ellos también cambia, pues Orestes es aquí un joven indeciso («¿Qué haré, pues, con mi madre? ¿Me atreveré a matarla?», se pregunta), que solo pasa a la acción por el empuje de una Electra a la que no le importaría blandir ella misma la espada.

VENGANZA Y MIEDO A LA LIBERTAD

En Roma, el escritor y filósofo Séneca (4 a.C.-65 d.C.) trató este mismo asunto en su tragedia *Agamenón*. Sin la unidad ni progresión dramática de los modelos griegos, lo más interesante de ella son los ecos de filosofía estoica que fluyen por algunos versos del coro: «Todo lo moderado tiene más larga vida: dichoso aquel que, siendo del montón, tranquilo con su suerte, se ciñe al litoral con un viento seguro y, temiendo confiar su barca al mar, mueve sus remos lo más cerca posible de la tierra».

Hasta tiempos relativamente recientes, el mito de los Atridas ha tenido poca repercusión en la literatura, sin duda por el carácter atroz de la muerte de una madre a manos de sus hijos. Aun así, la influencia de esta historia se aprecia en una obra como el *Hamlet* de William Shakespeare (1564-1616). Como Electra y Orestes, el protagonista ha de vengar a su padre, el rey, asesinado por su tío, quien, no satisfecho con usurpar el trono, ha mancillado también el lecho del difunto casándose con su viuda.

El mito original resurgió a finales del siglo XVIII con tragedias como el *Agamenón* de Vittorio Alfieri (1749-1803), mas fue en el siglo XX, con sus dos guerras mundiales y las experiencias totalitarias, cuando se convirtió en el punto de partida para la creación de dramas nuevos que exploran los abismos más oscuros del ser humano. Uno de ellos es *A Electra le sienta bien el luto*, del estadounidense Eugene O'Neill (1888-1953), que traslada la acción a la Nueva Inglaterra posterior a la guerra de Secesión estadounidense. La obra escenifica la lucha que dos mujeres, Lavinia (Electra) y Christine Mannon (Clitemnestra), entablan por ganarse a Orin (Orestes), un joven de carácter débil, que siempre ha estado pegado a las faldas de su madre, pero al que la experiencia bélica ha cambiado. La pri-

mera quiere hacer de él el brazo ejecutor que vengue el asesinato del padre, el despótico general de brigada Ezra Mannon; la segunda, que la proteja de la hija.

Muy diferente es *Las moscas*, un drama del filósofo y escritor Jean-Paul Sartre (1905-1980) estrenado en 1943, durante la ocupación nazi de Francia. La acción pasa en una Argos invadida por el luto, la sangre reseca y unas moscas de la carne que Júpiter (el Zeus romano) envía para que los habitantes no olviden el asesinato de su antiguo rey. Orestes llega a ella en busca de respuestas sobre sí mismo y, tras su encuentro con Electra, decide hacer realidad los sueños de venganza de esta y los suyos propios. Y todo sin remordimientos, pues conoce lo que Júpiter llama «el secreto doloroso de los dioses y de los reyes: que los hombres son libres». La obra expresa así la angustia, propia del existencialismo del autor, ante la libertad: «Tú eres un dios y yo soy libre; estamos igualmente solos y nuestra angustia es semejante», le dice Orestes a Júpiter.

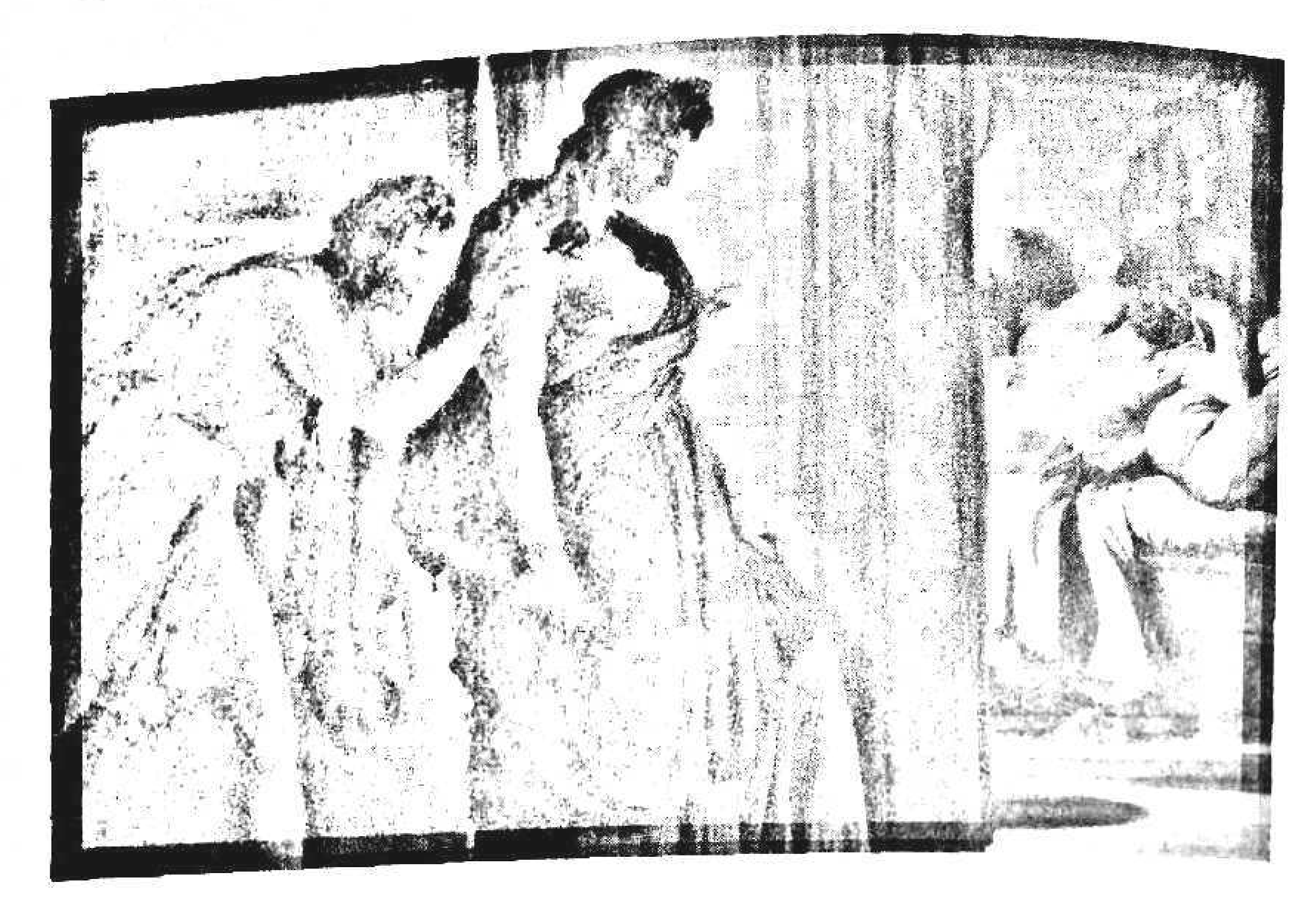
LA REPRESENTACIÓN DE LA VIOLENCIA

La espiral de crímenes que sigue al regreso de Agamenón al hogar ha sido plasmada por los artistas plásticos en imágenes que no esconden nada de su violencia y crudeza. Un ejemplo de ello, y de los más antiguos, es una lámina de bronce grabada del siglo VI a.C. en la que se ve a Orestes atravesando con su espada a Clitemnestra mientras Egisto huye precipitadamente. La pintura de vasos cerámicos se hace eco también de la tragedia de los Atridas: una crátera ática de figuras rojas de mediados del siglo V a.C., atribuida al pintor de la Dokimasia, reproduce el momento en que Agamenón, obstaculizado por los ropajes que le ha dado Clitemnestra, es asesinado por Egisto.

Pero no todo es sangre y muerte en estas antiguas representaciones. El encuentro de Electra y Orestes en la tumba de su padre es el tema de un pelike (un tipo de ánfora) de figuras rojas del 380 a.C. que destaca por el detallismo con que están representadas las ofrendas al difunto. La pareja es también el motivo de una escultura en mármol hallada en Pozzuoli (Italia), así como de otra del griego Menelaos (siglo I d.C.), que muestra a Electra como una matrona que extiende su gesto maternal sobre Orestes.

En época moderna no abundan las obras plásticas referidas a la casa de los Atridas. Aun así, hay artistas que no han sabido resistirse a su bárbara fuerza. Uno de ellos fue el neoclásico Pierre-Narcisse Guérin (1774-1833). Su *Clitemnestra duda antes de matar a Agamenón dormido* da todo el protagonismo a la reina, prácticamente empujada al crimen por su amante Egisto. Con una estética muy diferente, el prerrafaelita inglés John Collier (1850-1934) pintó a la hija de Leda en el umbral de su palacio con la mirada perdida y el hacha aún en la mano, por la que resbala la sangre fresca.

En su óleo *Electra y Crisótemis*, la suiza-austríaca Angelika Kauffmann (1741-1807) recogió la escena de la tragedia de Sófocles en la que Crisótemis enseña las ofrendas que Orestes ha dejado en la tumba de Agamenón. El encanto de esta obra contrasta con la brutalidad característicamente barroca con la que el italiano Bernardino Mei (1612-1676) pintó la muerte de Clitemnestra a manos de su hijo: Orestes, pasando por encima del cuerpo sin vida de Egisto se apresta a acuchillarla. Los franceses Philippe-Auguste Hennequin (1762-1833) y William-Adolphe Bouguereau (1825-1905) pintaron justo el momento posterior, cuando esas fuerzas oscuras se abaten sobre el parricida y lo llevan a abandonar la escena de su crimen y a buscar la purificación.





El lecho es el escenario en el que se realizan los crímenes en estas dos pinturas. En la parte superior, Clitemnestra duda antes de matar a Agamenón dormido *(Museo del Louvre, París), óleo neoclásico en el que Guérin, jugando con el contraluz, logra una escena de gran tensión. En* Orestes hiere a Egisto y Clitemnestra *(Palazzo Salimbeni, Siena), de Mei, la violencia estalla en toda su crudeza, con las erinias en segundo plano esperando su turno.*

EL ESPÍRITU DE LA TRAGEDIA CLÁSICA

A pesar de óperas como la *Electra* del sueco Johann Christian Friedrich Haeffner (1759-1833), el mito solo llega a expresar toda su bárbara fuerza en el siglo XX. Fue entonces cuando el francés Darius Milhaud (1892-1974) compuso su trilogía *Orestíada*, basada en Esquilo. Aunque el interés del compositor se centra sobre todo en *Las euménides*, el primer panel, *Agamenón*, es un diálogo entre el coro y Clitemnestra una vez consumado el asesinato del rey que destaca por su representación de la violencia a partir del ritmo y una armonía politonal, valores aún más acentuados en la segunda parte, *Las coéforas*. Otra obra, la *Orestíada* del francés de origen griego Iannis Xenakis (1922-2001), acierta a evocar el componente de ritual arcaico de la tragedia a partir del uso de la percusión y el tratamiento de la voz de barítono solista.

Todas estas partituras palidecen ante la *Electra* que en 1909 dieron a conocer el compositor Richard Strauss (1864-1949) y el poeta Hugo von Hofmannsthal (1874-1929). La tragedia homónima de Sófocles es reinterpretada aquí en clave psicológica, de modo que todo lo que en ella hay de irracionalmente humano cobra un inusitado relieve. El resultado es una pesadilla en la que se mueven unos personajes femeninos a los que una idea fija (la venganza en Electra, el terror y los remordimientos en Clitemnestra) conduce a la histeria y la locura, todo ello servido por una música paroxística como pocas gracias a una escritura vocal crispada, una armonía agresiva y una orquesta gigantesca, tan rica en colores como brutal. Al final, logrado su anhelo, Electra baila de felicidad: «Yo era un negro cadáver errante entre los vivos, y en esta hora soy el fuego de la vida y mi llama consume las tinieblas del mundo», canta antes de que la exaltación la lleve a desplomarse sin vida.

ÍNDICE